

ISABEL DE LA PAZ.

DRAMA EN CINCO ACTOS

y en verso.

DE

D. José Lorenzo Fiqueroa.



SEVILLA :

IMPRESA DE D. MARIANO CARO,
1839,

1870 - 1871 - 1872 - 1873

1870

ADVERTENCIA.



*H*ace cerca de cuatro años que bosquejé en muy poco tiempo tres actos de un drama de este mismo asunto. Tuve la modestia de creer que todo lo que habia hecho debia condenarse al fuego ; y asi lo hice, aunque sin abandonar la idea de hacer otro con la misma accion, luego que conociese mas á fondo la Historia y las pasiones que habia de espresar. Ocupaciones de muy distinto linage me impidieron acometer la empresa hasta principios del presente año , época en que empecé á ocuparme de ella , vacando á este trabajo todas las horas de ocio en los primeros meses , y dedicándome de lleno á él en los últimos hasta principios de Agosto. Por este tiempo leí mi obra á algunos amigos , de cuya ilustracion y buen gusto no es lícito dudar, y el placer con que oyeron su lectura me animó á ofrecerla al teatro , asi como el favorable , y para mi inesperado exito que ha obtenido su representacion, me ha decidido á darla á la prensa.

He pintado el caracter de Felipe II como creo que era realmente. Astuto, sagaz, engañador, ambicioso, adicto al absolutismo que creía necesario para destruir los restos del sistema feudal, y para contener la herejía que en aquella época iba siempre unida á la rebelion, y á las espantosas guerras civiles que asolaron la Europa.

Los Historiadores protestantes le han atribuido la muerte de su hijo; pero eran enemigos jurados de este Monarca, y el odio les prestó los pinceles con que apasionadamente hicieron su retrato. Sobre este punto no quiero insistir, porque es un error de la Historia ya desvanecido por Historiadores y críticos de alta nombradía.

Mi obra está muy lejos de ser perfecta. Adolece de muchos defectos en que he incidido por la dificultad que ofrece una obra de este género, y por mi inesperienza de escritor dramático. Admitiré con gusto todas las observaciones que sobre ella se dignen hacer nuestros críticos, y de antemano les aseguro mi reconocimiento porque sus juicios imparciales contribuirán sin duda á evitar iguales defectos en mis obras posteriores.

PERSONAS.

FELIPE II, *Rey de España.*
ISABEL DE VALOIS, ó DE LA PAZ, *su esposa.*
AMELIA, *confidenta de Isabel.*
CARLOS, *Príncipe, hijo de Felipe II.*
RUY-GOMEZ DE SILVA, *Príncipe de Eboli, Ministro.*
EDUARDO GONZALEZ, *Oficial de Alabarderos.*
EL BARON DE MONTIGNÍ. }
CARLOS BREDERODE. } *Diputados de Flandes.*
ENRIQUE MARNIX. }
ALFONSO LORRAINE. }
JORJE BASTIDA, *Oficial de Alabarderos.*
UN CARCELERO.
UN UGIER.
VARIOS COJURADOS FLAMENCOS, Y ESPAÑOLES.
GUARDIAS.
CRIADOS.

La Escena es en Madrid. Los tres primeros actos en un salon de Palacio. El cuarto en casa de Eduardo Gonzalez. El quinto en un salon de la Inquisición. Año de 1568.

Este Drama es propiedad de su autor , quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente en algun teatro del Reino , sin recibir para ello su autorizacion , segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 , relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa un salon del Palacio: hay cuatro puertas, una en el fondo, otra á cada lado, y ademas otra secreta á la izquierda del espectador.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL Y AMELIA.

Amelia. ¿Nunca, señora', á vuestro acerbo llanto
treguas habeis de dar? ¿La luz del día,
las sombras de la noche en luto amargo
siempre contemplareis? Joven, hermosa,
y Reyna de un imperio dilatado,
¿por qué el dolor oprime vuestro pecho?
¿Por qué pasadas penas olvidando,
no cesais de sufrir?

Isabel. Esas preguntas
me haces, Amelia, tú?

Amelia. ¿Pero tres años
que sois del rey Felipe ilustre esposa,
la huella del pesar aun no han borrado?
¿Es eterno el dolor?

Isabel. Si, amiga mia.
La muerte solo padeceres tantos,
sofocar puede.

Amelia. Oh Dios! Y yo he de veros

esta ecsistencia mísera arrastrando,
sin tregua en el dolor, sin esperanza!
¡Yo que al nacer os recibí en mis brazos!
¡Yo que en la infancia os abrigué en mi seno!...

Isabel. ¡Bañarás mi sepulcro con tu llanto!

Amelia. Callad, callad, señora. Esas palabras
espantosas las dicta á vuestro labio
la desesperacion. Vuestros gemidos
reprimid de una vez: tened el llanto
que vuestros ojos vierten noche y dia,
y en vos recobre la razon su mando.
¿No os agrada reinar? La régia pompa,
la adoracion del pueblo...

Isabel. (*Interrumpiéndole.*) Siempre odiados
de mi serán el Trono y sus grandezas.

Ellas mi eterno padecer causaron,
mi desventura eterna. Si de humildes
padres el ser me hubieran otorgado
los cielos, no á Felipe, al dulce esposo
que eligiese el amor diera mi mano.
Tú lo sabes, amiga: tú educada
desde la tierna infancia en el palacio,
del Rey mi augusto padre contemplaste
el tierno amor que profesaba á Cárlos,
el Príncipe. Sagrado juramento
á unirnos iba con perpetuos lazos,
cuando á ofrecerme de Felipe esposa,
víctima á los altares me arrastraron.
De entonces mis dolores, mi agonía,
mis horribles tormentos ha tres años
contemplas, ¿no es verdad?

Amelia, ¡Plugiera al Cielo
que no lo fuera así! Yo abandonando
mi patria, mi familia, mis amigos,
y de vuestros mayores el palacio,
quise venir tambien, por si podia

templar vuestro dolor, y consolaros.
¡Engañosa ilusion! Solo he podido
llorar con vos, y padecer.

Isabel. A Carlos
amo, y esposa de Felipe vivo.
No hay consuelo á mi mal.

Amelia. Nunca ha negado
Dios á los infelices el consuelo.
El les dá la virtud.

Isabel. Sí; pero el llanto,
el torcedor del alma, el sufrimiento
que va la vida al misero acabando
no arranca la virtud. Tan solo puede
resistir la pasion, y condenarnos
á llorar y sufrir.

Amalia. Pero sufrimos
señora, mucho mas, si libre damos
á las pasiones rienda.

Isabel. Cuando el alma
resiste del deseo los alhagos....
¡cuanto padece amiga!

Amalia. Y si el deseo
es el crimen....

Isabel. ¡Oh Dios!

Amelia. Y con tirano
vértigo nos arrastra.... y nos devora
cruel remordimiento....

Isabel. Ah!

Amelia. ¡Cuánto, cuánto
mas infeliz el hombre vive, y muere!

Isabel. Ah! si... Amelia, es verdad. Yo delirando
estaba, dulce amiga: tus palabras
dán á mi corazon paz y descanso.

Amelia. Vos, señora, sabéis de las desgracias
que sufro por castigo luengos años
la causa. Una pasion logró arrastrarme

al adulterio: El cómplice, mi hermano,
y mi esposo á la par.... ¡ todos murieron!
¡ Cabé su sepultura con mis manos!
¡ Qué sufrimientos compararse pueden
con los míos? El cielo ha castigado
mi horrible crimen con perpetuo lloro,
con el pesar, y el aguijón amargo
de los remordimientos... ¡ Huid, señora,
mi desgraciada suerte! Ay! es mas grato
al alma el padecer del virtuoso,
que el deleite intranquilo del culpado.

Isabel. Nunca! nunca! que horror! ¡yo incestuosa!
¡yo adúltera! Dios mío! corra el llanto
de noche y día; y la espantosa imagen
del crimen mi virtud combata en vano.

Amelia. Muy agitada estais... no habeis dormido
esta noche, señora. Algun descanso,
algun alivio demandad al sueño. *(vase)*

ESCENA SEGUNDA.

ISABEL, sola

Isabel. ¡Descansar! no puede ser.
¡Oh tormento! ni un instante
dejará de padecer
la desgraciada muger
de uno esposa, de otro amante.

No puedo ya mas sufrir
esta congoja y dolor.

Es preferible morir
al que amando ha de vivir,
y es un delito su amor.

Le ví, me amó, le adoré,
y otro esposo al fin me dieron,

y á Felipe amor juré.

¡Si como muger amé,
como muger me oprimieron!

¡La guerra en Europa ardia:
mi padre Enrique segundo
á Felipe me ofrecia.

¡Con la desventura mia
compraron la paz del mundo!

¡Ay! ¡nunca hubieras pisado
los campos que el Sena baña
¡Nunca por castigo el Hado,
Carlos, te hubiera arrancado
de la ribera de España!

Aunque no fuera dichosa,
por lo menos no te amára.
Mi ecsistencia congojosa
si llorára como esposa,
como amante no llorára.

Menos infeliz seria,
si no te amase mi suerte;
que entonces morir querria,
y consuelo me daria
la esperanza de la muerte.

Mas ¡ay Dios! que cuando amamos
no apetecemos morir.
Si sufrimos y lloramos
mas cada dia, anhelamos
cada dia mas vivir.

ESCENA TERCERA.

ISABEL, CARLOS.

Isabel. El Principe! Dios mio! me persigue por todas partes... dónde huir?

Carlos. Es fuerza que hoy me escucheis.

Isabel. (*Queriendo salir.*) No puedo... nó... dejadme salir.

Carlos. (*Colocándose delante de la puerta.*) A dónde?

Isabel. Oh Dios! si nos encuentra el Rey... triste de mí!

Carlos. Todos los dias os busco en vuestra cámara, y...

Isabel. (*Interrumpiéndole.*) Debiera no solo huir.

Carlos. Qué escucho?

Isabel. Soy esposa.

Si un hombre ni virtud, ni honor respeta de una débil muger, ¿debo ocultarlo?

¿A quién debo pedir que me proteja de su persecucion, del crimen?

Carlos. ¡Cielos!

Isabel. Qué me quereis? qué me quereis? pudiera acaso oiros ya?

Carlos. Sí; que ofrecido me habeis eterno amor.

Isabel. Amor! ah! necia de la muger que ofrece! Las mugeres ¿pueden nunca ofrecer? Ayer un padre, hoy un esposo forja la cadena, que la liga á un destino que maldice.

¿Qué le sirve ofrecer? Con sus promesas,
con su esperanza y locas ilusiones
Dios y los hombres despiadados juegan.
Huid! de vuestros brazos arrancada
al ara me postraron, y allí.... en ella
juré á Felipe amor... y allí por siempre
nos separó el destino. Dios me ordena
y los hombres huir.

Carlos. Dios! nunca! nunca
á un desgraciado sin piedad condena
á odiar la vida, á apetecer la muerte.

Isabel. Dejadme por piedad... Oh Dios! se acerca
la hora en que viene el Rey... ¡Carlos!

Carlos, Oídme.

Isabel. Ya ni el peligro, ni el deber respeta
ni la virtud vuestro furor.

Carlos. ¡Deberes!
virtudes! Isabel, cuando nos niegan
el placer, la ventura, la esperanza,
y á eterno llanto, ó crimen nos condenan
¿quién respetarlos puede? El deber!

Isabel. ¡Cielos!

Carlos. Si sufrir y llorar la vida entera
es la virtud... ¡oh Dios! ¡oh Dios! el crimen
quién podrá contener?

Isabel. El que desea
tranquila vida y muerte sin temores:
quién ofender á Dios y al mundo tema.

Carlos ¡Y solo ese temor á las mugeres
contiene! ¡Solo ante su vista tiemblan!
¡Todo al mentido Dios lo sacrifican
del pudor! Isabel ¿y cuál respeta
la virtud, los deberes? Si los goces
y las delicias del amor pudieran
conseguir con el crimen, oculiando
sus pisadas al mundo, ¿preferiera

alguna los tormentos, los dolores
de la virtud?

Isabel. Cesad, cesad... me aterran
vuestras palabras.

Carlos. Aun me amais.

Isabel. Nó, ¡nunca!

Carlos. ¡No amais! ¿por qué ocultarlo, si confiesan
el tormento del alma las miradas,
la agitación, el llanto?

Isabel. Ya en ofensa
se trueca ese language. ¿Siendo esposa
cómo he de amar? ¡Qué horror!

Carlos. En vano intenta
disfrazarse el amor. El que es amado.
le sorprende en el llanto, en la tristeza.....

Isabel. Os engañais, os engañais. ¡Dios mio!
quereis que el crimen á arrostrar me atreva?

Carlos. ¡Y la que estrecha á un hombre entre sus
brazos
mintiendo dulce amor, la que se entrega
á quien no puede amar... y finge...

Isabel. ¡Ah! ¡Carlos!

Carlos. Me amais.

Isabel. Cómo sabeis? ¿vuestra presencia
no evito?

Carlos. Sí,

Isabel. Y la qué huye?.....

Carlos. (Interrumpiéndola.) Ama,

Solo deja de amar la que desprecia.

Isabel. ¡Amaros! ¡imposible!

Carlos. Todavía
placeres mil el cielo nos reserva.

No huyais de vuestra camara.... En secreto,
allí os veré.

Isabel. Jamas! huiré.

Carlos. ¡ Dios mio!
quereis mi perdicion, quereis la vuestra.
Si huis, os seguiré... y así en palacio
publicará el escándalo la afrenta
de un esposo, y de un Rey.

Isabel. Por Dios! ah! *Carlos!*

Carlos. Cuando es correspondida estár secreta
puede tanta pasion; pero si al hombre
un amor desgraciado, le atormenta
el secreto le arrancan los dolores.

Isabel. *Carlos!* por Dios! tal vez el Rey se acerca.

Carlos. Juradme antes amor... jurad que nunca
de mí volveis á huir.

Isabel. Qué es lo que intentas,
miserable? mi oprobio?

Carlos. Y tú mi muerte?

Confesaré mi amor al Rey....

Isabel. Ya llega.

Carlos. Juras?

Isabel. Si.

Carlos. A Dios! (*Váse.*)

Isabel. Qué horror! desventurada!

ESCENA CUARTA.

ISABEL, FELIPE.

Felipe. Mi hijo! *Isabel!* ó Cielos! mis sospechas
son fundadas. (*Dice este verso apareciendo en el
foro, y se oculta hasta que se retira Carlos.*)

Isabel. (*ap.*) *Felipe!* el Cielo quiso
libertarme!

Felipe. *Isabel,* de las molestias,
del cansancio del mando, y los pesares
que de un Monarca la quietud alteran

vengo á tu lado á descansar. ¡ Cuán cierto es que consuelo el infeliz que reina, el que egerce poder en su familia, en su esposa y sus hijos solo encuentra! ¡ No es verdad, Isabel ?

Isabel. ¡ Nunca he sufrido los pesares que el trono y mando cuestan.

Felipe. Nunca , Isabel, los sufras... A mis brazos, ven, y á un esposo el corazon sosiega.

Isabel. Y qué te aflige ? Qué dolor tu pecho puede oprimir, Felipe ? Qué te inquieta ?

Felipe. ¿ Y tú me lo preguntas ?

Isabel. (ap.) ¡ Oh Dios mio ! qué acento ! qué miradas !

Felipe. (Con dulzura afectada.) ¿ Qué te altera ? Qué miro ! Tu semblante se ha inmutado : tu faz se anubla y azorada tiemblas : ¿ tanto tu pecho oprimen mis pesares ?

Isabel. ¿ Tú lo dudas ?

Felipe. Dudarlo ! infeliz fuera, Isabel, si dudase... y tú serias mas infeliz aun !

Isabel. ¡ Oh !

Felipe. De mis penas ¿ quieres saber la causa ? Pues escucha : la suerte de mis pueblos me atormenta : vivo siempre temiendo, y engañado.

Isabel, ¡ engañado !...

Isabel. ¡ Ah !

Felipe. Si pudiera penetrar en las almas, ¡ cuánto ingrato. á mi atónita vista apareciera ! Cual que ahora miente amor me ofrecería el odio... la traicion : indiferencia el qué mentido celo simulaba : enemistad aleve y encubierta

el que estrechaba amigo.....

Isabel. Tus palabras
me hacen temblar, Felipe.... cesa..... cesa.

Felipe Consuelo siempre de la fiel esposa
fué con su esposo compartir las penas.
Tu no sabes aun de mis tormentos
el tormento mayor. ¡ Si al menos fuera
padre feliz !

Isabel. Qué dices ?

Felipe. De mi hijo
la suerte aciaga, el porvenir me inquieta.
Tu sabes que dos veces le he librado
cual padre de la espada justiciera
de las leyes. Mal hice; que hoy de nuevo
quiere en mis reinos encender la guerra.
¡ Contra su padre y Rey ! Ciego, insensato,
mal vasallo , hijo pérfido en Bruselas
dá auxilio á los rebeldes.

Isabel. Que te engañan
acabas de decir.

Felipe. Todos lo intentan. . .
¡ Miserables ! ninguno lo consigue.
¿ Quién me engañó á mí nunca ? La cautela
sigue dó quier mis pasos..... desconfío ,
temo Isabel de todos..... la sospecha,
el recelo, el temor.....

Isabel. (Interrumpiéndole.) Ahora te engañas.

Felipe. Por tu puro candor , por tu inocencia
eres tú la engañada.

Isabel. ¡ Oh Dios ! Un hijo !

Felipe. (sacándol.) Estas cartas escritas de su letra,
estas cartas á Flandes dirigidas
del Príncipe publican la encubierta
ambicion.

Isabel. No.... qué cartas ? ah ! tan solo
sus crímenes creer puedo al leerlas.

oh! nunca! nunca! no profiera el labio
mi deshonra! En el pecho dó se encierra
el dolor que me oprime oculto quede,
y noche y dia sin cesar revuelva
mi mente tanto agravio, y mis furores,
y mis anhelos de venganza encienda.
Callemos ; oh! y el cielo que me escucha
testigo solo de mi afrenta sea.
El Cielo solo ; oh Dios! si este secreto
ocultarte tambien á tí pudiera!

ESCENA SESTA.

FELIPE, RUY-GOMEZ.

Ruy. Qué me mandais. Señor?

Felipe. ¿Sabes si hoy vienen
esos flamencos que á esponer sus quejas:
han de acercarse al trono?

Ruy. Hoy, ó mañana
han de llegar sin falta.

Felipe. Ya se acerca
el sangriento castigo á los desmanes
de ese pueblo desleal, de esa nobleza
de Flandes que á mi cetro poderoso
resiste obedecer; que se rebela
á mis mandatos; que orgullosa insulta
mi autoridad; que dominar intenta
donde yo reino y mando. ¿Y qué pretenden?

Ruy. Dicen que el gran Felipe no respeta
lo que ellos llaman libertad y fueros.
Piden que en aquel reino no establezca
la Inquisicion, que el culto religioso
del protestante consentido sea...

Felipe. Sus fueros! insensatos! y no saben

que Dios me concedió cetro y diadema
para regir mis pueblos soberano?

Mi voz es solo en ellos ley suprema.

El fuero de los reyes es el mando:
el fuero de los pueblos la obediencia.

Mas no pretende libertad ni fueros:

quiere mandar conmigo la nobleza.

¿Y por qué ha de mandar? En valde acaso

ha mecido mi infancia cuna regia,

y el grande Emperador me dió la vida,

y grande como él sigo sus huellas?

Acaso en valde ciño su corona,

y hoy emulando vivo sus proezas?

Ruy. Ah! si yo fuera Rey, ni aun á mi hijo
perdonara.

Felipe. Mi hijo! (*ap.*) cuál se aumenta
solo al nombrarle mi furor! (*alto*) mi hijo!

Ruy. El es quien vuestros subditos subleva:

él es quien con su ejemplo pernicioso

la irreligion y la impiedad alienta.

El á los protestantes favorece,

dándoles esperanzas alagueñas

de proteccion cuando en feliz reinado,

al régio trono de Felipe ascienda.

El erigirse en Flandes soberano

pretende. ¡Y si bastara tanta ofensa!

Felipe. Qué dices?

Ruy. Oh señor! que otra mas grande
calla, y resiste pronunciar la lengua.

Felipe. Habla... al punto.

Ruy. Señor, ah! no es posible:

en tormentos pasar la vida entera

no queráis.

Felipe. Te lo exijo: te lo mando:

habla.

Ruy. No lo mandeis, que fuera mengua

que revelara yo por el mandato,
lo que antes por amor no descubriera.

Y vos mismo quizás, si os revelase
vuestro oprobio, señor, y vuestra afrenta,
de hoy mas me aborrecierais.

Felipe. Tus palabras
mi alma perturban, y mi anhelo aumentan:
habla Ruy-Gomez.

Ruy. Y he de hablar!

Felipe. Deseo
saber el mal, y el bien: no te detenga
vano temor.... acaba.

Ruy. Oh Dios! no puedo.
Quién su ignominia y deshonor desea
saber? Cuando la ofensa la honra empaña,
es mejor ignorarla, que saberla.
Qué importan los ultrages que ignoramos?
Para el feliz que ignora no hay ofensas:
disfruta del placer el ofendido,
y al ofensor su crimen le atormenta.
Triste del agraviado que del sueño
de su ciega ignorancia se despierta!
Si la venganza su amor acalla
nunca en el alma sus dolores templa.

Felipe. Si los templa, Ruy-Gomez, que á lo menos
del culpable el castigo nos recrea.
Habla... no tardes... líbala. Al hombre afligen
las desgracias que sabe con certeza,
menos que las que ignora, si la duda,
la horrible incertidumbre le atormenta.
Las que sabemos el valor mitiga:
las que dudamos el temor fomenta.
Callas aun?

Ruy. Que hacer?... Ah! permitidme...
no lo exijais, Señor, callar es fuerza.

Felipe. Y quién puede existir en mis estados

que á Felipe ultrajar loco se atreva?
Sin duda son temores necios, vanos
que un alma debil cual la tuya alberga.
El cielo que castiga á los cobardes
con sus terrores mugeriles juega.

Ruy. La ofensa que me haceis á hablar me obliga.
A un amor criminal Carlos se entrega.

Felipe. Quién te lo ha rebelado?

Ruy. Una persona
que nunca se separa de la Reina.

Felipe. (ap.) Pérfida! fue su esposa! Mi deshonra
en boca de mugeres! (alto.) Y qué pruebas
de su dicho ofreció?

Ruy. Todos los dias
Carlos en esa cámara se encuentra,
en la cámara real.

Felipe. (con intencion) Y no te dijo

Ruy. Gomez, á quien ama y busca en ella?

Rny. Y no lo adivináis? Puede ser otra?...
Quien puede ser sino?...
Felipe. (con intencion) Una camarera.

Ruy. Que decís?

Felipe. Insensato! y pretendias
revelarme el misterio!

Ruy. (ap). Que sospecha!

(alto) Quien puede ser? Hablad...

Felipe. No lo adivinas?

Ruy. No sé... dudo... Señor... decid...

Felipe. ¿No aciertas

á descubrir el criminal? Pregunta
su nombre á esa zozobra que te altera,
á esas dudas horribles que te oprimen,
á esos celos Ruy-Gomez que ya empiezan
á destrozar tu corazon.

Ruy. Dios mio!
mi esposa!

Felipe. Si, Ruy-Gomez: la Princesa de Eboli es esa adúltera.

Ruy. Traidora!
es ella! lo sabeis?

Felipe. Por eso entra el Principe en la cámara. Yo observo tal crimen, tal escándalo! yo!

Ruy. (ap.) Y ella me dijo que su amor... Asi pretende alejar de mi mente las sospechas.

Felipe. Yo mismo cauteloso sus coloquios de amor he sorprendido. Manifiesta he visto tu deshonor.

Ruy. Desgraciado!
Por que, Señor, tuvisteis encubierta tanto tiempo mi infamia? por que al punto?...

Felipe. Quién su ignominia y deshonor desea saber? Cuando la ofensa la honra empaña es mejor ignorarla que saberla.

Qué importan los ultrages que ignoramos?

Ruy. Señor, (arrojándose á sus pies)
justicia os pido: la sangrienta venganza pronunciad.

Felipe (ap.) Necio! insensato!
Cómo el engaño con los hombres juega!

Ruy. No me alzaré de vuestros pies en tanto que administréis justicia.

Felipe. Fuera mengua castigar hoy y perdonar mañana.

Eres débil, Ruy-Gomez. Tal vez vengas á suplicarme su perdon un dia como hoy castigos á implorarne llegas.

Tal vez tu esposa astuta, fingidora, á hacer alarde de virtud se atreva.

Tal vez consiga que aun vaciles...

Ruy. (levantándose) Juro

su castigo cumplir. Oh!

Felipe.

Si deseas

castigarla, Ruy-Gomez, desde ahora
llore su crimen en prision perpétua:
ahora mismo.

Ruy.

Qué escucho!

Felipe,

En este instante.

Ruy. ¿No irá mi maldicion? ¿No oirá mis quejas?

Felipe. Consiente luego. ó su perdon pronuncia.

Ruy. Jamas! que sufra en la prision, y muera:

no aplaque mi furor con torpe engaño,

ni arrepentida mi piedad conmueva.

Ya consiento: mandad.

Felipe.

El real decreto

de su prision al punto estiende, y sella.

Ruy. (Ap.) ;He consentido! su prision! Dios mio!

¿ Pero he de perdonarla? Antes perezca!

(Ruy-Gomez se retira a una mesa para estender el decreto.)

Felipe. Asi sabrán mi ultraje, mi deshonra

Dios en el cielo, solo yo en la tierra.

Una víctima manda al sacrificio

ofendido mi orgullo... la Princesa!

¿ Y qué importa una víctima, si la honra

con su muerte salvar un Rey intentia?

Sepúltense en su tumba mis agravios!

Ruy-Gomez, el dolor que te atormenta

apura gasta las heces. Me recreo

en verte padecer: alivio encuentran

mi desgracia y despecho en tus dolores.

Firma insensato! El hombre que se eleva

sobre los otros, instrumentos viles

en servir sus designios los emplea.

Ruy. Recibidle, Señor: al otro reo

el castigo dictar tambien es fuerza.

Felipe. El Principe no puede castigado

ser por este adulterio. Considera
que tu deshonra así publicarias.
Por desgracia de un padre satisfecha
harto verás tu saña. Su castigo
harto verás que lloro, si se prueban
sus crímenes de estado.

Ruy. Los espías
aumentaré que día y noche observan
sus pasos, sus acciones, y yo mismo
también le espiaré.

Felipe. Si; pero fuera
de mi palacio, porque en él yo solo
soy el que sigue por do quier sus huellas.

Ruy. Como vos lo mandeis.

Felipe. Los diputados
van á llegar de Flandes: no se estienda
la voz de su llegada por el pueblo.
El pueblo solo que murieron sepa:
si sabe que llegaron se conmueve:
si sabe que murieron ealla, y tiembla.
El valor de un rebelde al pueblo inflama,
mientras su muerte de terror le hiela.

Ruy. Vuestros preceptos cumpliré. (*ap.*) Mi esposa!
La creí! Me engañaba! No es la Reina! (*Vasc.*)

ESCENA SEPTIMA.

FELIPE solo.

Esta de su prision es la sentencia,
de su muerte tal vez... Vacilo! dudo!

¡El verdugo seré de la inocencia!

¡Mi mente concebir tal crimen pudo!

A mis guardias llamar pretendo en vano!
Yo temblar! yo que al mundo dicto leyes!

Sacrifico á una víctima inhumano,
y ante el crimen tambien tiemblan los Reyes.

Incertidumbre y dudas mi alma oprimen:
de la víctima escucho los lamentos.
¡Hacedme, oh Cielos, incapaz del crimen,
ó ineapaz de sentir remordimientos!

Consumemos la obra. Si dudoso
vacilo en esta lucha atormentado,
no gozaré el placer del virtuoso,
y sufriré el tormento del culpado.

Y morirá? inocente! Sí: primero
es mi honor que las víctimas que gimen.
Con la deshonra la virtud no quiero:
para ocultarla al mundo venga el crimen.

Que será todo? una muger que llora...
una inocente que ecsaló la vida...

Guardias! no mas dudar... (*sale un Ugier.*)

Dentro de un hora
esta Real orden me dareis cumplida.



ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

FELIPE , RUY-GOMEZ , *despues* GONZALEZ.

Felipe. Ruy-Gomez , díle que pase
conmigo á hablar.

(*Ruy-Gomez toca una campanilla : habla á un
Ugier, y despues sale Gonzalez.*)

Gonzalez. (*Ap.*) ¡ Oh Dios mio !

¡ Me llama el Rey ! Que el semblante
oculte mis pensamientos
de venganza. (*alto al Rey.*) Dios os guarde,
Señor , de los enemigos
que teneis.

Felipe. Y á ti , Gonzalez
tambien. Conservas algunos ?

Gonzalez. Los que fueron de mi padre.

Felipe. Me acuerdo de él : fue valiente.

Gonzalez. No hay de mi casta cobardes.

Felipe. Murio de muerte alevosa.

Gonzalez. Y yo he jurado vengarle.

Felipe. Fue fiel á sus juramentos.

Gonzalez. Digno ejemplo de imitarse.

Felipe. Es verdad. Cómo has sabido
que llegarán esta tarde

esos flamencos ?

Gonzalez. Lo supe
desde ayer : por todas partes...

Felipe. Hablar te cuesta vida:

no quiero que se propale
ese rumor,

(Felipe le hace una seña para que se retire.)

Gonzalez. *(al retirarse,)* Me amenazas,

Felipe ! Seis años hace
que yo te amenazo á ti. *(Vase.)*

ESCENA SEGUNDA.

FELIPE , RUY-GOMEZ.

Felipe. Cuando lleguen les dirás
que hoy á las seis les concedo
la audiencia , y aqui en palacio
en este sitio... *(Amenazando.)*

Ruy. Comprendo
lo que quereis.

Felipe. A los guardias
da la orden. Si en sangriento
cadalso no espiran , pronto
veré destrozar mis reinos
esa cisma , esos horrores
que gran parte conmoviendo
van de Europa.

Ruy. Cumpliré
vuestros mandatos supremos. *(Vase.)*

ESCENA TERCERA.

FELIPE, solo.

Felipe. Cúmplelos ; ya que el destino
de los Reyes es verter
llanto , y sangre en el camino
de la vida. ¿ Qué he de hacer ?

¿ Sufriré que mis estados,
hoy terror del Medio-dia,
postre á mis pies destrozados
el monstruo de la anarquía ?

¿ O al cadalso arrastraré
mil victimas á morir ?

¿ Males ciertos causaré
por incierto porvenir ?

Alli á un Rey con vil encono
oprimir á un pueblo veo.

Alli vacilante un trono
y su desastre preveo.

¿ Oprimido ú opresor
quien sabe si acierta ? quien ?

¿ Iluminame , Señor !

¿ Cuál es el mal , cuál el bien ?

Al triste que ha de reinar ;
con tu inspiracion ayuda.

Oh ! que tormento es dudar
cuando á disipar la duda,

Siente en vano el corazon,
piensa en vano el pensamiento ;

y es esteril la razon
y esteril el sentimiento.

De la cisma los horrores
me amenazan ¿ que dudamos ?

si oprimidos, ò opresores,
ahora soy Rey: oprimamos,

Doblen tiránicas leyes
ingrato pueblo, tus yugos.
Tiranicen si los Reyes
son victimas, ó verdugos. (*vase.*)

ESCENA CUARTA.

CARLOS, GONZALEZ.

(*Antes de salir FELIPE sale CARLOS y se detiene al ver al Rey.*)

Carlos. Dónde verla! Oh Dios! mi padre!

pero ya se aleja... ¡cielos!

¿Dónde Isabel estará?

(*Dirijiéndose á la derecha del espectador por donde se entra á la cámara de la Reina.*)

Por todas partes siguiendo

voy sus huellas. ¡Ay!

Gonzalez (*que entra corre á él.*) ¡Es él!

Carlos, Gonzalez!

Gonzalez. Ha mucho tiempo

que hablar con vos sin testigos

con vivas ánsias deseo.

Carlos. Eres el único amigo

que en la desgracia conservo.

Gonzalez. Desde que llegué de Flandes

de tierno y amor y respeto

os dí pruebas.

Carlos. Al principio

rehusé tu amistad,

Gonzalez. (*con dolor.*) Es cierto!

Carlos. Entonces creí que amigo

de un hombre, á quien aborrezco,

fueras Gonzalez: del de Alba,
que en Flandes está ejerciendo
el poder, mientras yo sufro
de la ambicion los tormentos.
Fiel servidor te creia
del que en bárbaro y sangriento
sacrificio dió alevosa
muerte á victimas sin cuento.

Gonzalez. (*con dolor.*) ¡Victimas!

Carlos.

Los mas ilustres

hijos del suelo flamenco.

Gonzalez. (*con mas dolor.*) ¡Los mas ilustres!

Carlos.

No solo

rehusé tu amistad... eterno
odio y rencor te juraba.

Gonzalez. ¡Oh Dios!

Carlos.

Despues el deseo

de saber nuevas de Flandes
me hizo prestar á tu acento
grato oido... y cada vez
que te hablaba, nuevo afecto
te iba cobrando... bien pronto
supe todos tus secretos.

Gonzalez. (*admirado.*) Mis secretos? Qué decis?

Carlos. La causa de los flamencos

que defiendes supe : hablamos
de sus heroes y proyectos.

Lloramos juntos sus males:

pedimos su alivio al Cielo

juntos tambien. Desde entonces

entre mis brazos te estrecho...

admiro en ti tus virtudes;

de tu padre no me acuerdo:

del Duque de Alba era amigo.

Gonzalez. Qué decis? no, sino vuestro

era : al Duque aborrecia.

Carlos. Qué escucho? qué estás diciendo?

Gonzalez. De Gonzalez no soy hijo.

Carlos. ¿Pues ese nombre?...

Gonzalez. Es supuesto,

Carlos. Y cuál es el nombre tuyo?
cuál tu patria?

Gonzalez. Soy flamenco.

Carlos. Por qué te ocultas?

Gonzalez. Conviene,

Señor, así á mis intentos.

Carlos. Y quién eres?

Gonzalez. Todavía

revelároslo no puedo.

Tal vez pronto lo sabreis:

ocultad ahora el secreto

á todos, porque mi vida

y el bien de Flandes va en ello.

Carlos. De Flandes? habla... ¿Qué dices?

¡Me abruman tantos misterios!

Gonzalez. Escuchad otro: ¿no amais
á la Reina?

Carlos. (sorprendido.) Si... no puedo
ocultarlo... lo he negado
hasta ahora... este secreto
perdona á nuestra amistad.

Gonzalez. Cada cual del suyo es dueño.

Carlos. Ah! Sí... Gonzalez, la amo.

Gonzalez. Y ese amor ha descubierto
ya Ruy-Gomez. Ahora mismo...

Carlos. A cada palabra tiemblo
que pronuncias hoy, Gonzalez.
¡Lo sabe Ruy-Gomez! Cielos!
¡yo soy perdido!

Gonzalez. Si llega
á oídos del Rey, los flamencos
os defenderán: la fuga

os proteja : pasos siento...
es sin duda... (*va á salir.*)

Carlos. Tente , aguarda.

Gonzalez. No , Principe : pueden vernos.

Carlos. Ven á mi cámara.

Gonzalez. Vamos.

Carlos. ¡Mi enemigo! ¿Será cierto? (*Salen.*)

ESCENA QUINTA.

ISABEL , AMELIA.

Isabel. Quiero avisarle su peligro , Amelia.
¡Oh Dios! y ya no está! Le ví á lo lejos
y se ha ido! infeliz!

Amelia. A los jardines
vamos por un momento : le hallarémos
tal vez en nuestro tránsito.

Isabel. (*Aflijida.*) ¡Dios mio!
Aquí suele venir : aquí le espero.

Amelia Pero secad el llanto en vuestros ojos.
Si no podeis vencer , finjidle al menos:
habeis de presentaros á la corte,
y vuestro mismo esposo vendrá á veros.
Su vista es perspicaz : de una mirada
sabe arrancar del alma los secretos.

Isabel. ¡He de verme otra vez á su presencia!
Solo al pensarlo estremecida tiemblo.
Siempre he visto á Felipe temerosa,
la voz ahogada , y oprimido el pecho.
Pero desde que á Carlos imprudente
hice de un loco amor el juramento,
quisiera ¡ay Dios! morir antes que verle:
solo al oír su nombre me estremezco.
Ayer era tan solo desdichada.

¡Hoy desdichada y criminal á un tiempo!

Amelia. Ese que llamais crimen á los ojos
ocultad de los hombres: solo ellos
ni las faltas perdonan. Puede el llanto
de un criminal enternecer al cielo;
mas quién el alma airada ablandaria
de un esposo y monarca que ofendemos?

Isabel. Tal vez lo sabe ya Felipe, amiga:
que veugan tarde tus consejos temo.
Carlos me ha sorprendido esta mañana.
No pude huir... Sus quejas y sus ruegos
agitaron mi espíritu. Felipe
como nunca le he visto, afable y tierno
se presentó á mis ojos de repente.

De la dulzura con que habló sospecho.
Solo cuando medita alguna empresa
espantosa y terrible, ablanda el genio
duro y sombrío, Amelia: solo entonces
depone su semblante airado el ceño.

Despues trocó en enojo su ternura,
mi angustia y turbacion mirando atento.

Escritas por el Principe unas cartas,
y de su crimen testimonios ciertos,
me mostró. Yo arrancárselas queria...
yo supliqué... lloré... ya no recuerdo
lo que oí... lo que hice: sé tan solo,
que de aquel trance al acordarme tiemblo.

Amelia. No os aflijais... no, nada sabe... nada;
tal vez os dicta esa sospecha el miedo.

Isabel. Ay! yo no temo, Amelia, mis peligros:
de Carlos solo la desgracia siento.

Amelia. Por que no le avisais?

Isabel. Por todas partes...

y aqui vine á buscarle... y no le encuentro.

Amelia. Qué miro? aqui se acerca.

Isabel. ¡Oh Dios! ¡valedme!

Amelia. Cuidad que nadie os vea: sola os dejo. (*vas.*)

ESCENA SESTA.

ISABEL, CARLOS *que entra.*

Carlos. Es la Reina!

Isabel. Infeliz! de este palacio
huye... no tardes... si salvar del riesgo
tu vida quieres.

Carlos. Ah! tambien tú sabes
nuestra desgracia?

Isabel. Nuestra dices? Creo
al escucharte, Carlos, que la ignoro.

Carlos. Ruy-Gomez nuestro amor ha descubierto.

Isabel. No sin razon temia! nunca en vano
lloramos ¡ay! los males que tememos.

Carlos. Ruy-Gomez me aborrece...es mi enemigo...
al Rey descubrirá...

Isabel. No pierdas tiempo:
salva al punto tu vida con la fuga.

Felipe ha averiguado tus proyectos.

Carlos. Qué proyectos? qué dices? ¡Oh Dios mio!
cómo los ha sabido? habla... mi pecho
destroza de una vez.

Isabel. Yo misma he visto
las cartas que al de Orange y otros flamencos
dirijiste, ¡infeliz! El Rey las tiene.

Salva tu vida en el instante huyendo.

Carlos. Detente: ya no temo mis peligros.

Tu amor en tu afliccion y angustia veo.

Isabel. Aqui el amor mis pasos no condujo:
à socorrer al desgraciado vengo.

Déjame retirar... por todas partes
tiene espías Felipe... no me atrevo...

Carlos, ¡Te pido amor, y compasion me ofreces!

¡Trastorna la fortuna mis proyectos!

Si he de vivir obscuro y desamado,

mi vida qué será? Sentir deseos

que atormenten el alma y la devoren,

y no he de mirar nunca satisfechos.

¡Oh! mas vale arrostrar del Rey las iras

y acabar de mi vida los tormentos!

Isabel. Ayer huir del crimen: hoy culpado
debes huir de este palacio lejos.

Carlos. Mis deberes serán en este dia
lo que siempre han de ser, lo que ayer fueron.
Quando hablan las pasiones nos arrastran
como á las ondas en la mar los vientos.

Isabel. Oigo la voz del crimen en tu boca:
debes, Carlos, llorar tus males ciertos.
Dios el crimen castiga.

Carlos. ¿Qué castigo
cabe sufrir mas duro, mas severo
que alternar estas horas de mi vida
entre las privaciones y el deseo?
Amar y ambicionar sin esperanza
supo acaso lo que es nunca tu pecho?
Una idea se fija en nuestra mente,
el alma oprime, absorve el pensamiento:
le agita sin descanso noche y dia,
de nuestros ojos ahuyentando el sueño:
este afan, esta fiebre, estas vigalias
dan á nuestras pasiones mas imperio.
Solo la muerte puede...

Isabel. (*interrumpiéndole*.) Calla, Carlos,
que estoy la imagen de mi vida viendo.
(*Va á salir, CARLOS la detiene.*)

Carlos. Detente! dónde vas?

Isabel. De este palacio
huye... á Dios para siempre.

Carlos.
Isabel.

Aguarda.
¡Cielos!
(*se va.*)

ESCENA SEPTIMA.

CARLOS , *despues* GONZALEZ.

Carlos Huye de mí! y me ama todavia!
Qué haré? dó volveré mi paso incierto?
Voy á morir si de ella me separo,
y dura muerte sufriré si espero.
¡Mas vale de una vez!... (*va á salir precipitado.*)

Gonzalez. (*que entra.*) Dónde la planta
llevais , Señor? En ese desconcierto
dónde correis?

Carlos. A terminar mis dias:
al suicidio : mi padre ha descubierto
mis planes contra el de Alba.

Gonzalez. Vos la culpa
teneis , si corre vuestra vida riesgo.
La corona ciñera vuestra frente
de todo Flandes al clamor cediendo.

Carlos. De un padre y Rey á terminar los dias
me invitaron , Gonzalez , los flamencos,
y yo lo rehusé. ¿Cómo pudiera
cometer tanto crimen?

Gonzalez. Concibiendo
estais otro mayor : ese suicidio...

Carlos. Es verdad , es verdad... ¡Crimen horrendo!
¡El solo que las lágrimas no borran
ni deja al hombre arrepentirse luego!

Gonzalez ¡Y deseais morir! ¿Qué fue la vida
al que la deja asi sin un recuerdo
que diga al mundo que vivió? Qué vale

que os brinde el Cielo con corona y cetro
si vivis y moris cobarde, obscuro?

¿Si al inorir no dejais á vuestros pueblos,
ni virtudes que admiren conmovidos,
ni crímenes que sirvan de escarmiento?

Carlos. Si no me doy yo mismo obscura muerte,
por mis delitos hoy aqui la encuentro.

Gonzalez. Entre dos tumbas vacilais... en Flandes
mandaréis soberano en todo el reino.

Carlos. Ya todo está perdido! De Bruselas
esperanza ninguna alimentemos.

Felipe sabedor de nuestros planes
mandó sus fuerzas avanzar con tiempo.

Gonzalez. Cuando las tropas á sus muros lleguen
sublevados verán todos los pueblos,
la rebelion triunfante, y al de Alba
en vil cadalso entre su sangre envuelto.

Carlos. Será verdad?

Gonzalez. Mañana al ser de dia
Gobernador sereis de los flamencos:
deliberad... aqui esperais la muerte:
alli un trono.

Carlos. ¡Dios mio!

Gonzalez. Ya vinieron
los diputados.

Carlos. Cómo?

Gonzalez. El muy ilustre
baron de Montigní viene con ellos.

Carlos. Ah! Montigní! el infeliz hermano
del conde de Horno que en suplicio horrendo
murió con el de Egmont.

Gonzalez. Cielos!

Carlos. Te alteras?

Tu semblante se inmuta... yo no puedo
tampoco recordar esta memoria
sin que bañe mi rostro llanto acerbo.

Conociste tú á Egmont, Gonzalez?
(Gonzalez hace un signo afirmativo.)

Calla,
no pronuncies su nombre... que en tu acento
no resuene jamas... si no desear
en su cadalso perecer sangriento.
Habla de él, si le nombras en palacio,
su memoria y su nombre maldiciendo.
Gonzalez. Maldecirle! ¡Dios mio!
(Gonzalez se cubre el rostro con las manos.)

Carlos. ¡Virtuoso
conde de Egmont! escucha desde el cielo
mis votos, y mis lágrimas amargas
honrar consigan tu memoria al menos!
¡Hasta la sepultura te negaron!
¡Ellas no pueden ni regar tu cuerpo!
Gonzalez. Callad! callad! me atormentais el alma:
no turbeis de las tumbas el silencio:
no recordeis su vida, ni su muerte.
¡Vos olvidais, Señor, que soy flamenco!
Carlos. No sabes tú la historia desastrosa
de ese hombre ilustre? Su postrer aliento
le vió Bruselas dar en un cadalso!
El vencedor de San Quintin su cuello
dió al verdugo!

Gonzalez. ¡Qué horror!
Carlos. ¡Cuál fue su crimen?
Solo de Flandes defender los fueros.
Gonzalez, de mi mente su memoria
y su trágico fin borrar no puedo.
Ya subiendo las gradas del cadalso
se me ofrece su imagen entre sueños;
ya anegado en su sangre tardo auxilio
con moribunda voz pidiendo al cielo.
Ora indignado maldecir le escucho
la horrible ingratitud de los flamencos;

ora le miro alzarse sombra airada
venganza y sangre por dó quier pidiendo.

Gonzalez. Cesad! cesad! la inspiracion del crimen
bebe ansiosa mi alma en vuestro acento.

Ah! (*Gonzalez, que desde el principio de esta es-
cena da muestras de grande turbacion, no
puede tenerse en pie, y cae sobre un sillón.*)

Carlos. Tú ignoras aún el mayor crimen
del duque de Alba. Condenado y preso
estaba ya el de Egmont, cuando su esposa
vino á la corte á interponer sus ruegos.

Rendida á su dolor, desecha en llanto,
á los hombres piedad, justicia al Cielo
pide, y postrada ante los pies del trono
le arranca quejas su dolor del pecho.

El Rey la recibió con dulce agrado,
salvar la vida al conde prometiendo.

Salió al punto de España la condesa
y á Bruselas llegó, Gonzalez.

Gonzalez. ¡Cielos!
hay mas sufrir!

Carlos. Supiste por ventura
qué espectáculo bárbaro y sangriento
vió al entrar en la plaza?

Gonzalez. ¡Ay!

Carlos. Vió á su esposo
con vil padron en el cadalso muerto.

El de Alba mandó que por tres dias
quedase allí para terror del pueblo.

Cayó á su vista al suelo desmayada
fatigando los aires sus lamentos.

Murió poco despues... en su agonía,
dicen, que á un hijo que estrechaba al seno
con moribunda voz encomendaba
vengar al conde la memoria...

Gonzalez. ¡Es cierto!

Carlos. ¿Conociste á ese hijo? por sus venas
que no corra la sangre ilustre temo
del grande Egmont.

Gonzalez. (*levantándose.*) ¿Por qué, señor, le insulta
vuestra injusticia así?

Carlos. ¿Cómo su acero
del de Alba en el pecho no se esconde?

Gonzalez. Si yo fuera su hijo, en otro pecho
mas cobarde mi espada se escondiera.

Carlos. ¡El del Rey! desgraciado! sepultemos
en el olvido el crimen... ¡soy su hijo,

Gonzalez. Al del conde no ultraje vuestro acento.
¿Quizás medita la venganza horrible
cercado de las sombras del misterio!
Quizás cuenta las horas que trascurren,
cual los instantes de su vida un reo!
Quizás...

Carlos. A dónde está? ¿cuál es su suerte?

Ignoran su destino los flamencos.

Si le viese, Gonzalez, le estrechara
como su padre me estrechaba al seno,

(*El Príncipe enagenado abraza á Gonzalez.*)

Gonzalez. Ah!

Carlos, Tiemblas!

Gonzalez. No Señor.

Carlos. Mira... esta espada
me dió el conde su padre... con respeto
mis ojos la contemplan.

Gonzalez. Esa espada!
ay! ocúltadla, ó traspasadme el pecho
con ella. ¡Oh Dios! su espada!

Carlos. Si algun día
ver á su hijo me concede el Cielo,
cuánto le amara, cuánto!

Gonzalez. Para verle
salvaros con la fuga es lo primero.

Ya se hallan en Madrid los diputados:
después de hablar al Rey pretenden veros:
yo les diré que preferís la muerte
á la corona que os ofrecen ellos. (*va á salir.*)

Carlos. Moriré si no huyo... tente, aguarda...
que protejan mi fuga... estoy resuelto.
Dónde los he de ver?

Gonzalez, (*entregándosele.*) Este billete
os dice el sitio y hora.

Carlos. Si no cedo
quizas hoy mismo moriré. ¡Fortuna!
cuántos hombres al crimen llevas ciegos!

Carlos. Diles que al punto á verlos me preparo. (*vas.*)

Gonzalez. Y yo á pedir por vuestra vida al Cielo.

ESCENA OCTAVA.

GONZALEZ , *solo.*

(*Hace ademán de salir, observa el palacio y vuelve.*)

Gonzalez. Las puertas están cerradas.

¡Las guardias cubren sus puestos!

¡Alguna traicion se oculta!

¿Qué es esto, Cielos, qué es esto?

¿A quién el golpe amenaza?

al Principe? á los flamencos?

Y no he podido abrazar

aun á Montigní... qué veo?

(*mira á un reloj.*)

Van á dar seis... la hora

de la audiencia... corre riesgo

su vida... Felipe aquí

quiere sin duda prenderlos.

¡Montigní! sin abrazarte

morirás! que hacer? que temo?
Ah! si salvarlos pudiera...
Que idea! valedme, Cielos!
(*Va á salir precipitado, y vé á la Reina que entra
del mismo modo.*)
¡La Reina!

ESCENA NOVENA.

GONZALEZ , ISABEL.

Isabel. Gonzalez! ah!
¡Cuántas desgracias preveo!
Gonzalez! detente! aguarda!
por Dios!
Gonzalez. Dejadme... no puedo,
Señora!
Isabel. (*deteniéndole.*) No : no saldreis
Gonzalez. ¡Oh Dios mio!
Isabel. Deteneos.
Amaga á Carlos la muerte.
„Si corre mi vida riesgo
„alguna vez, me decia,
„ruega á Gonzalez...
Gonzalez. No temo
ahora su muerte.
Isabel. A palacio
mirad tropas acudiendo
armadas... salvadle al punto ..
salvadle... por Dios , os ruego
Reina y muger.
Gonzalez. ¡Desgraciado!
¡va á dar la hora! ya creo
cierta su muerte. ¡Dios mio!
dejadme , Señora!

Isabel. El tiempo
urge... corred á salvarle.

Gonzalez. Vuela en su auxilio mi acero.

Si no me dejais salir,
á las seis habrá ya muerto.

Isabel. A las seis! desventurada!

(*Vase con muestra de profundo dolor.*)

Gonzalez. ¡Padre mio, dadme aliento! (*vase.*)

ESCENA DECIMA.

RUY-GOMEZ, y los DIPUTADOS.

Ruy. Esperad que dé la hora
de hablarle en este aposento. (*vase.*)

Montigni. Faltan algunos instantes:
poco que esperar tendremos.

Marnix. Ah! Dios quiera que Felipe
grato escuche nuestro acento!

Brederode. Si pudiéramos llevar
paz deseada á los reinos
de Flandes! Si el Rey piadoso
escuchara nuestros ruegos!

Marnix. Si al ministro he de creer
en restaurar nuestros fueros
piensa el Rey : nos recibió
con dulce agrado y contento.

Montigni. Yo sin esperana , amigos,
noche y dia pido al Cielo
por nuestras vidas , por Flandes:
á confiar no me atrevo.
Quién pudiera penetrar
de Felipe los secretos
designios? quién asegura
que mañana viviremos?

Marnix. No abrigueis esos temores,
Montigni: si ese el intento
fuera del Rey , á estas horas
ya entre cadenas gimiendo
estaríamos.

Brederode. No hay duda.

Montigni. Siempre amenaza encubierto
el mayor peligro : pronto
nuestro destino sabremos.
¡Qué hermoso clima el de España!
que clara brilla en el cielo
la luna! (*acercándose á una ventana.*)

ESCENA UNDECIMA.

Dichos y GONZALEZ , precipitado.

Gonzalez. Vuestro sepulcro
alumbra con sus reflejos.

Montigni. Que escucho?

Gonzalez. ¡Desventurados!
seguidme sin perder tiempo.

¡Del Rey esperais la audiencia,
y á la muerte vais corriendo!

Todos. Qué horror!

Gonzalez. En nombre de Flandes,
de vuestra patria , del cielo
seguidme todos.

Montigni. ¿Quién sois
para exigir que femos
en vuestras palabras?

Gonzalez. Quien?

Montigni. Donde la vida hallaremos?
¿quién nos conduce á la muerte?
sois vos? es Felipe? Cielos!

Gonzalez. Montigní sigue mis huellas,
si en el cadalso sangriento
de Egmont perecer no quieres,
y de tu hermano...

Montigní. ¡Qué acento!
su edad! es él! imposible!

Gonzalez. No me conocéis! ¡El tiempo,
las desgracias demudaron
mi semblante!

Montigní. Justos cielos!
hablad, hablad, sois...?

Gonzalez. *(cerca y con misterio.)* Gonzalez.

Montigní. Ven, Eduardo, á mi seno!

Gonzalez. Mi segundo padre! *(se abrazan.)* El llanto
correrá despues... salvemos
ante todo vuestras vidas.

¡Guardan los alabarderos

las puertas!... ¡va á dar la hora!

Montigní. ¡Vano será nuestro intento!

roguemos á Dios.

*(Gonzalez se separa de los diputados para examinar
una puerta secreta.)*

Qué haceis?

Gonzalez. Por esta puerta saldremos:
todos la ignoran... sí... vamos.

Montigní. Piedad de nosotros, Cielos!

*(Entran todos por la puerta secreta. Gonzalez queda
el último y apaga la lámpara que alumbraba el es-
cenario.)*

Gonzalez. *(En el dintel de la puerta secreta.)*

Así apagado se hubieran

vuestras vidas! ya del riesgo

estamos libres. ¡Felipe!

¡Felipe! tiembla mi acero!

¡De mi sangrienta venganza

bello día luce presto! *(cierra la puerta.)*

ESCENA DUODECIMA.

RUY-GOMEZ , FELIPE , GUARDIAS,

(*Queda un momento el teatro solo hasta que dan las seis , y sale Ruy-Gomez.*)

Ruy. Dió la hora... aqui esperando

los dejé... pero ¿qué veo?

apagaron las bujías!

ya no estan! á nadie encuentro!

Traicion! traicion! Guardias! guardias!

Guardias (que salen.) Qué mandais?

Ruy.

Luces! (las traen.) huyeron!

Felipe. (que sale al estruendo.)

Huir! á dónde? perseguidlos

guardias! inútil intento!

Por fuera y dentro el palacio

cercan mis alabarderos.



ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE , RUY-GOMEZ.

Felipe. Cumpliste ya mis mandatos?

Ruy. Los guardias estan ya presos.

Felipe. Con su auxilio se salvaron.

¡Triste ceguedad del hombre!

¡Torpe error del Soberano!

del fiel servidor huimos:

de los pérfidos fiamos.

Nadie alcanza á penetrar

del corazon el arcano!

¡Solo sus sombras disipas,

tarda luz del desengaño!

Ruy. Mandé, Señor, que Gonzalez
diese la guardia en palacio.

Si en él se ocultan aun...

Felipe. El secreto no arrancaron
á los guardias los dolores
del tormento?

Ruy. Todo en vano
ha sido.

Felipe. Pues morirán
si no confesos... culpados.

Ruy. Para el mayor delincuente

nunca se alzará el cadalso.

Felipe. Qué dices?

Ruy. Que vuestro hijo
tan solo pudo salvarlos
con la fuga, y los castigos
alcanzán tarde tan alto.

Felipe. Será mi hijo! Dios mio!

Ruy. Al entrar los diputados
ignorantes del peligro,
tambien al Príncipe entrando
vi á lo lejos: cuando huyeron
ya no se hallaba en palacio.

Felipe. Es verdad! yo le busqué
allá en su cámara en vano;
mas de mi mente esta idea
huya, que horrible es pensarlo.
Aunque saberlo pudiera
quiero vivir ignorando.
Si tú intentas convencerme,
sella por Dios mudo el labio.
¡Mi hijo unido á los traidores!
¡protejer su fuga Carlos!
¡conspirar contra mi trono
aqui en mi mismo palacio!
Oh! que por siempre lo ignore:
si se disipa mi engaño,
ó ya no podré ser padre,
ó no ser ya Soberano.

Ruy. (ap.) Mi venganza le persigue
y le prepara el cadalso.

(alto.) Vamos, Señor... el Consejo
ha tiempo que está esperando
vuestras órdenes.

Felipe. Mi hijo!

(al verle á lo lejos.)

evitaré... vamos, vamos, *(salen.)*

ESCENA SEGUNDA.

CARLOS, GONZALEZ.

Gonzalez. ¿Por qué, Señor, á estos sitios me haceis venir?

Carlos. Esplicarlo no puedes? No ves la entrada de esa cámara?... mis pasos donde llevar?... pero... dime, ¿está Montigní ya en salvo?

Gonzalez. Luego que de sus verdugos mis esfuerzos le arrancaron, vi á Ruy-Gomez, la desgracia de la fuga lamentando.

Finjí llorar la traicion que á los prófugos dió amparo.

Vino á ayudar mis intentos.

la lisonja con su alhago,

que al que engaña adulator,

tanibien se engaña adulando.

Mezcló á las mias sus quejas,

y cuando mas los engaños

de los guardas maldecia,

mis palabras le engañaron.

Conseguí con estas artes

dar hoy la guardia en palacio,

que así proteger su fuga

yo y Montigní concertamos.

Carlos. Pero de este mismo sitio que lo salvases, extraño.

Gonzalez. Ha seis años que recorre la venganza este palacio:

un subterráneo hay en él

que es de todos ignorado.

Allí se ocultó mi amigo,
y de allí logré salvarlo.

Solo falta ya que vos
de las sombras ocultado
de la noche, huyais.

Carlos. Dios mio!

Gonzalez. Los flamencos se salvaron
y á vuestra Alteza acriminan...

Carlos. Tambien!

Gonzalez. Ahora más cercano
está el peligro.

Carlos. (Ap.) ¡Sin verla!

(alto.) Huir, Gonzalez, quiero en vano:
aquí el deber me detiene.

Gonzalez. No os engañeis, ocultando
las flaquezas con el velo
de la virtud. El que atado
en miserables prisiones
os tiene en este palacio;
el que impide vuestra fuga
y á la muerte va á arrastraros,
es el amor, que del hombre
entrega al viento burlados
grandes designios; que el alma
enerva con los halagos
del placer, en ella el fuego
del heroismo apagando.

¡Maldito amor! los que entregan
su corazón á tu engaño,
por viles placeres dieron
la gloria que despreciaron.

Carlos. Cesa, cesa: tus palabras
aumentan mas mi quebranto.
Quiero huir, y mi flaqueza
estoy yo mismo culpando,

Las desgracias mi valor
en cobardía trocaron.

Gonzalez. Desgracia que abate al débil,
da valor al esforzado.

Seguidme... volad á Flandes.

Carlos. Su último adiós solo aguardo:
las lágrimas quiero ver,
que hoy su amor me declararon.

Gonzalez. Dónde vais? qué frenesí
os lleva? si dais un paso
hacia esa cámara... en ella
vereis alzarse un cadalso.

Carlos. ¡Qué horror!

Gonzalez. (ap.) Consigo mi intento,
si hoy mismo á Flandes le arrastro.
(*Carlos sale: Gonzalez va á salir tras él
cuando llega la Reina.*)

ESCENA TERCERA.

AMELIA, é ISABEL.

Isabel. (llamándolos.) Carlos! González! escuchad!..

Gonzalez. Señora,
callad, callad por Dios: voy á salvarlo. (váse.)

Isabel. Escucha! no me oyen!

Amelia. ¿Vuestro intento
cual es? decid, decid...

Isabel. Ah! desgraciado!
Me dice en esta carta que sin verme
(*la saca del pecho*)

de estos sitios huir pretende en vano.

Llorosa en valde le rogué que huyera,

diciendo ser de compasión el llanto

que arrancaba el amor. En valde ha sido

que mi pasion frenética ocultando,
como hacen siempre las mugeres, diera
tormento al corazon, mentira al labio,
Esta es la carta que amorosa miro,
con mis amargas lágrimas regando.
Mil y mil veces con afán la leo,
y cada vez, Amelia, mas le amo.

Amelia. ¡Ah! no la conserveis: rompedla al punto;
desgracias que llorar puede causaros.

Isabel. Deja que en mis delirios me acompañe.
Es verdad que en angustia y sobresalto
vivo desde el momento en que guardada
aqui en mi pecho está; que á cada paso
que resonar escucho, para asirla
tiendo azorada al corazon la mano.
Mas despues á mis solas me contenta
leer esas palabras que dictaron
los celos, el amor. Ellas encienden
mi sangre y mis sentidos, cual si Carlos
mi triste soledad acompañara,
y á todas horas le escuchase hablando.

Amelia. Y ya que de estos sitios aun no ha huido
¿venís, Señora, aqui para buscarlo?
Qué quereis? qué intentais? qué desvarío
conduce vuestra planta? de él huyamos.

Isabel. Dice que quiere hablarme en esta carta,
y vengo, Amelia, aqui para librarlo
de la muerte; á decirle que abandone
de la noche en las sombras el palacio.

Amelia. Un loco amor á la desgracia os lleva,
Ah! verle no quereis para librarlo
como decís: los amorosos ruegos
ese amor, que es un crimen fomentaron.
¡Temblad! ya no podeis vivir sin verle.
Desde que sus palabras escuchando
le jurásteis amor, cada momento,

cada vez que le hablais, un nuevo lazo os arrastra hácia el crimen.

Isabel. Quiero verle.

Yo le conozco: Amelia ¡me ama tanto! sin verme no se irá! Tal vez lloremos mañana mi crueldad! desventurado!

¿Por qué no huye y mis consejos sigue?

¿quiere mi muerte acelerar? Ingrato!

¿no quiere huir? ¿y he de ser yo quien huya?

¿menos que él me ama á mí, le amo yo acaso?

ESCENA CUARTA.

Dichas, y GONZALEZ.

Gonzalez. (Ap.) Ya de Madrid se aleja: la noticia daré á la Reina... *(al verla.)* es ella!

Isabel. ¿Quién entrando?...
(corriendo á él.)

Ah! Gonzalez, los cielos os envían.

Decidme, ¿dónde está? dónde está Carlos?

Gonzalez. En este instante de Madrid se aleja.

Isabel. Se ha ido! qué decís? Se ha ido! ingrato!

No es posible, Gonzalez.

Gonzalez. Yo lo he visto,
y aquí su salvacion vine á anunciaros.

Señora... *(Gonzalez saluda á la Reina, y sale.)*

Isabel. Ha huido? dónde?

Amelia. Ya está libre:

demos gracias al Cielo ¡se ha salvado!

Isabel. ¡Pérfido! me abandona! no me ama! mentido fué su amor, nunca me ha amado.

Amelia ¡huye de mí! y así me deja en esta tumba que llamais palacio!

Amelia. Que huyera no queriais? vos misma

no le estábais ha poco aqui culpando,
por que de vos no huia?

Isabel. No sé Amelia
lo que quiero. ¡Infeliz! sé que le amo,
y sé que me abandona.

Amelia. Si no huye,
le conduce un amor loco al cadalso.
Asi hablábais ha poco.

Isabel. Tal vez eran
esos de una muger temores vanos.
Me dice en esta carta, que sin verme
nunca abandonaria este palacio.
¡Maldita la muger que en hombre fia!

(*va á salir:*)

Amelia. A dónde vais?

Isabel. (*al verle.*) ¡Felipe! (*oculta la carta.*)

Amelia. ¡Cielo santo!

ESCENA QUINTA.

Dichas , y FELIPE.

Felipe. Hace tiempo, Señora, que os buscaba.

Isabel. (*Ap. á' Amelia.*) No me dejes, Amelia.

Felipe. (*á Amelia.*) Retiraos. (*vase.*)

Siempre os miro, Isabel, triste, abatida,
y los ojos en lágrimas bañados.

Qué dolor os aflige? qué pesares
esa tristeza y afliccion causaron?

¿Qué ha de pensar al veros un esposo?

Me hace temblar, Señora, vuestro llanto.

¿Cuando riegan las lágrimas su lecho,
qué esposo ha de creer que vive amado?

Isabel. Alguna vez anuncia mi semblante
la tristeza... es verdad, ¡pero pasainos

nunca todas las horas de la vida
en continuo placer? siempre alternados
no vienen la tristeza y el contento?

Felipe. Cuando huir no podeis de mi presencia
como ahora, venís siempre temblando.
Qué teneis? qué temeis? ante Felipe
deben temblar tan solo los culpados.
¡Temblad al verme si lo sois un día!
¿Aún á vuestros oídos no ha llegado
de la Princesa de Heboli el destino?

Isabel. De la Princesa? nada sé... en palacio
no la he visto.

Felipe. Ignorais tambien su crimen?

Isabel. Qué crimen? qué decis?

Felipe. Por mi mandato
gime en una prision.

Isabel. Presa está? Cielos!

Felipe. Un crimen espantoso consumando
estaba en mi palacio... un adulterio...

Isabel. Oh!

Felipe. Su cómplice ha sido mi hijo Carlos.
En la cámara real todos los días
entraba : oídos la Princesa ha dado
á su amor criminal.

Isabel. ¿Carlos la amaba!
á la Princesa! es imposible! Carlos!

Felipe. ¡A una muger casada!

Isabel. ¿Será cierto?

(*Ap.*) ¡Dios mío! donde estoy? me habrá engañado?

Perfido!... pero... no... ah! la Princesa!

Al Príncipe con ella he visto hablando
varias veces. ¡Oh Dios! dadme la muerte
antes que me la cause el desengaño.

Felipe. Yo mismo he presenciado sus delitos,
y ahora voy al instante á castigarlos,
ahora mismo. Esperadme en esta estancia:

para aliviar mis penas, quiero hablaros, (*vase.*)

ESCENA SESTA.

ISABEL, *sola.*

Isabel. Pérfido! me engañaba! La Princesa!...
por eso mis acciones observando
ella por todas partes me seguía.
El Rey ya mis ultrajes ha vengado.
Gime en una prision, y en ella llora
su amor, como yo el mío estoy llorando.
Harto sola sufrí: padezca y llore.
Pérfido! me engañaba! y yo le amo!
Ah! no!... ya le aborrezco... mis dolores
y mi horrible martirio sufran ambos.
Sí: yo misma seré su acusadora:
yo misma diré al Rey que he presenciado
ese amor que es un crimen... le aborrezco.
Ya virtuosa soy, y á crimen tanto
castigo pediré.

ESCENA SEPTIMA.

ISABEL, AMELIA.

Isabel. Ven á mí, Amelia:
mi vergüenza y dolor aquí en tus brazos
ocultaré.

Amelia. Qué haceis? qué nuevas penas
llorais aun?

Isabel. Podrás creer que Carlos
me engañaba? que en otro amor su pecho
se encendía?

Amelia. Los hombres engañando
con mentida pasión, á las mugeres
el verdadero amor siempre inspiraron.

Isabel. Podrás creer que amaba á la Princesa
de Heboli?

Amelia. ¡A la Princesa!

Isabel. ¡Cielo santo,
gracias os doy! cuál fuera mi destino
si hoy mi desgracia y desamor llorando,
también llorara un crimen?

Amelia. Siempre el día,
llega, Señora, en que consuelo hallamos
en la virtud.

Isabel. Yo la bendigo ahora.

Amelia. Amaba á la Princesa! (*ap.*) ¿cual arcano
se oculta en este error? (*alto.*) ¿Quien os ha dicho
que la ama?

Isabel. Lo dudas?

Amelia. ¡Desgraciado!

Isabel. El mismo Rey su amor ha descubierto.

Amelia. ¡El Rey! ¿Y esa perfidia no ha apagado
vuestro amor?

Isabel. ¡Apagarle! Las desprecios
mas el amor avivan que inspiraron
los favores, Amelia. En un momento
no se estingue un amor de tantos años.
Mas ¿qué digo? no creas mis palabras:
amarle ya no puedo: no lo amo,
Pérfido! nada sabes? No le has visto
hablar con la Princesa en el palacio?

Amelia. Sí, Señora... le he visto.

Isabel. Calla amiga,
que viva mi esperanza en el engaño:
dime qué es ilusion, qué es vil calunnia;
respeto al menos mi dolor, mi llanto:
dime que me ama Carlos todavía;

dime, Amelia, que yo nunca le he amado!
Amelia. (ap.) Este error que la engaña fomentemos:
de un abismo á los dos puede salvarlos,
al verle á lo lejos.

¡El Principe! Dios mio! qué misterio!
No ha huido! cuantos males ¡ay! presagio.
(Amelia sale al ver que viene Carlos á la escena.)

ESCENA OCTAVA.

ISABEL, y despues CARLOS.

Isabel. Que dia! que sufrir! que noche! Cielos!
no puedo mas. *(cac en un sillón.)*

Carlos. Oh Dios! dónde mis pasos
llevaré vacilantes? Dónde verla?

Iba á partir y vuelvo aqui anhelando
darle el último adios... pero ¡qué miro!

Esta no es Isabel? *(se arroja á sus pies.)* Isabel!

Isabel. Carlos!

qué miro? es ilusion! á mi presencia
osais llegar aun? Ya vuestro engaño,
vuestra horrible traicion he descubierto.

¡Huid de mi por siempre!

Carlos. ¡Cielo santo!

que escucho? que decis? esas miradas!

ese furor! que es esto? estoy soñando?

¿sois vos?

Isabel. Hasta ahora he sido la engañada:
ahora soy la ofendida.

Carlos. Yo engañaros?
yo ofenderos? Dios mio! ¿á quién juraba
eterno amor? á quién amé? á quién amo?
Por quien ya fuera de Madrid he vuelto

para arrostrar la muerte en el cadalso?

¡De mi apartais la vista! y los oídos

negais á mis palabras! ah!

Isabel.

Callaos:

uaís á la maldad la hipocresía.

¡Amor vuestras palabras me juraron,

y á otra muger amais! Amor mentido

cual el mio será... pérfido! ingrato!

No envidio á esa muger. No envidio el crimen:

os tuve compasion: nunca os he amado.

Carlos. Si el crimen fuera cierto, esas palabras

le hubieran ya, Señora, disculpado.

No me amais! no me amásteis! no se puede

culpar de amante infiel á quien no amamos.

Isabel. Que mas oír! que mas vergüenza! ¡Cielos!

confiesa la perfidia vuestro labio.

Carlos. No! jamas! ¿que perfidia? hablad os ruego,

Isabel: explicadme tanto arcano.

Isabel. Corred á su prision, corred: en ella

su crimen y su amor está llorando.

Alejaos de aqui... al Rey espero.

Aun quiero de la muerte libertaros:

huid! ¿pero qué digo? no, el castigo

quedad á recibir de crimen tanto.

Quiero que le sufrais á mi presencia:

quiero al mismo Felipe aconsejarlo;

quiero que un criminal sufra la muerte...

al verle. Felipe! Nada quiero!... huid!... salvaos!

(vase Carlos,)

ESCENA NOVENA.

ISABEL, *despues* FELIPE.

Isabel. Ha vuelto á verme! oh Dios! Tal vez me ama!

Tal vez es inocente!

Felipe. (aparte.)

Es él! es Carlos!

(alto.) Un esposo ofendido á mis pies llega,
de la ofensa el castigo demandando.

¿Cual merece, decid, la infiel esposa
que un adulterio cometió? Que llanto,
que suplicio, Isabel, borrar podria
tan horrible maldad y crimen tanto?

¿Engañar á un esposo!

Isabel.

¡Oh Dios! valedme!

Felipe. ¿No merece ese crimen el cadalso?

Isabel. Oh! yo muero! Dios mio!

(*Cae Isabel sin sentido.*)

Felipe.

¡Se desmaya!

Isabel. ¡El cadalso! la muerte! Carlos! Carlos!

Felipe. Llama en su axilio al Principe! a su amante!

• *Isabel!* Isabel! desventurados

de vosotros! ¡oh Dios! yo que he rendido

imperios á mis pies, y soberanos,

á una debil muger decir no puedo

ama á tu esposo, y aborrece á Carlos!

Ah! nadie ese poder tiene en la tierra,

(*ve la carta que guardó en su pecho Isabel.*)

cuando á Felipe el Cielo lo ha negado!

Un papel! una carta! sí... la misma

que ocultó al verme entrar. ¿Que estoy mirando?

¡su letra! ¡maldicion! pretende verla! (*leyendo.*)

• antes de abandonar este palacio!

Abandonarle! ¿Dónde va? que intenta?

¡No vuelvas, Isabel, de esc desmayo!

¡A llorar su ignominia, su deshonra

los Cielos á Felipe condenaron!

¡Quien no odiará á los hombres, si enemigos

hasta en los hijos con asombro hallamos!

Auxilio pediré, que la socorran

(*se acerca á un extremo del teatro para tocar
una campanilla.*)

ESCENA DECIMA.

ISABEL *desmayada* : FELIPE , y CARLOS *que entra* :

Carlos. Quiero desvanecer tan vil engaño.

La Reina! desmayada!

(va á arrojarle á ella , y ve á Felipe.)

¡El Rey!

Felipe. *(ap.)*

¡Mi hijo!

¡A la Reina persigue sin descanso!

(alto.) Principe! dónde vais? no he prohibido
que oseis ante mi vista presentaros?

¡Asi de un Rey se olvidan los preceptos?

¡Asi cumplís , mal hijo , mis mandatos?

No me escucha! no me oye! maldecido

hijo , teneos ! dónde vais ? acaso

á buscarme veniais?

Carlos. *(sin hacer caso.)* No.

(acercándose á la Reina.)

Felipe.

A la Reina?

Calla!

Carlos. Oh! no respira! *(se va acercando.)*

Felipe. *(acercándose tambien.)* Carlos! Carlos!

Tened la planta. ¿Que delirio os guia?

detente... ó mi furor... ¡Y desarmado
estoy!

Carlos. No alienta! *(sin oirle.)*

Felipe.

Aparta! tu presencia

escita mi furor. ¿Vienes , ingrato,

á hacer alarde de tu crimen? Tiembra!

todo lo sé... tus crímenes de Estado,

la fuga que preparas...

Carlos.

¡Soy perdido!

(*le enseña la carta que tiene aun en la mano.*)

Felipe. Aquí las pruebas... mira!

Carlos. ¡Desgraciado!

Oh! perdon! (*cae á sus pies*)

Felipe. A mis pies! (*rompiendo la carta,*)
arrepentido

no aplaques mis enojos, ni mi brazo
desarmes... Oh! defiende tus delitos
y alienta mi deseo de vengarlos.

Asi, pérfido, asi: ¿dónde dirijes

(*al ver que Carlos mira á Isabel.*)

tus miradas! contéplala... ha espirado!
mírala sin aliento!... yerta!... inmovil!...
demudada la faz!... cárdeno el labio!

Un cadaver es ya!

Carlos. Muerta! seguirla
quiero! (*saca la espada para herirse.*)

ESCENA UNDECIMA.

Diehos, RUY-GOMEZ, GONZALEZ, AMELIA,
GUARDIAS,

Ruy. Ah! sed testigos! atentando
contra la vida del Monarca.

Carlos. ¡Nunca!

Quiero acabar la mia.

Gonzalez. (*desarmándole.*) ¡Desgraciado!

(*Gonzalez rinde la espada á los pies del Rey.*)

Isabel. (*que vuelve en sí.*)

Que es esto? dónde estoy? Cielos! espadas!

Felipe! Guardias! ¡ay de mí! ¡ay de Carlos!

perdon! perdon! (*arrojándose á los pies del Rey.*)

Señor, es inocente!

yo os juro... yo... ¿qué he de decir?

Felipe.

Alzaos.

¡Guardias! prendedle al punto!

Carlos. (al salir.)

¡Isabel!

Isabel. (al mismo tiempo.)

¡Carlos!

Carlos. ¡Adios, adios por siempre!... ¡soy perdido!

Gonzalez. (en voz baja al Principe.)

No desmayeis, Señor: vuelo á salvaros.

(Carlos sale rodeado de los Guardias y Gonzalez por el fondo. Isabel y Amelia por la derecha del espectador.)

ESCENA DUODECIMA.

FELIPE, RUY-GOMEZ.

Felipe. ¡Padre infeliz!

Ruy.

Ahora mismo

su viaje estaba dispuesto
para Flandes. Detenidos
están los caballos... presos
los cómplices. Si una hora
perdido hubieramos...

Felipe.

¡Cielos!

qué escucho!

Ruy.

Ya no podeis

libertarle: ya no es tiempo.

*Felipe. ¿Que furor á perseguirle
te anima?*

Ruy.

Si en un momento

de vuestra vida acabadas
viérais las dichas... si vuestro
nombre y honor mancillados
llorarais... si un adulterio
consumase vuestra esposa...
¿no sintiérais en el pecho

el furor de la venganza,
el aguijon de los celos,
el odio, el?...

Felipe. ¡Ruy-Gomez, calla!
A vengarte estoy resuelto.



ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

MONTIGNI, y GONZALEZ.

(Montigni aparece sentado junto á una mesa: Gonzalez sale por la puerta de la izquierda del espectador.)

Montigni. ¿Y habeis dormido ese tiempo?

Gonzalez. Cuando yo vuelva á dormir,

de la eternidad el sueño

sobre algunos pesará.

Quedé dormido un momento,

y un cadalso alzarse vi

que se elevaba hasta el cielo.

En él de un héroe se vian

los despojos aun sangrientos.

¡Era mi padre! ¡infeliz!

Montigni. ¡Que idea! ¡que horrible sueño!

(se levanta.)

Gonzalez. Tan solo me horrorizaba

ver frustrados mis proyectos

de venganza. ¿No creéis

que moriria contento,

si antes al de Alba y Felipe

por mi mano vieses muertos?

¿Si al verlos en la agonía
pudiera esclamar... ¡Mi acero
es de un padre vengador!
¡Asesinos! el eterno
castigo también tendreis!
¡También os maldice el Cielo,
como los hombres!

Montigni. ¿Por qué
pensais en estos momentos
en la muerte, en la venganza?
En el bien solo pensemos
de nuestra patria: pensad
en el triunfo, en el contento
que al ver al Príncipe libre,
gozaréis al sol primero.

Gonzalez. Gozar! contento! placeres!

Nunca, Montigní, en mi pecho
sentí su halago... Nací
para vivir padeciendo.

Desde niño la venganza
fija aquí en mi pensamiento,
y en mi corazón, me niega
la blanda paz, el sosiego,
la alegría, los placeres,
los mas dulces sentimientos
del alma. Todos venimos,
Montigní, cuando nacemos
á cumplir algun destino
que imperioso dicta el Cielo.

Yo nací para dejar
en el mundo un escarmiento.

Después de vengar á un padre,
que mi muerte es cierta creo.

Montigni. Cada día, cada hora
mas delirante os encuentro.

Gonzalez. Hace, Montigní, seis años...

(¡siempre en mi memoria eterno
vive aquel día!) llegué
á la casa dó nacieron
mis mayores... Al entrar,
de triste luto cubierto
vi su recinto... Postrada
y moribunda en el lecho
contemplé á mi madre... Heria
campana lùgubre el viento.
Sus servidores y amigos
clamaban : „ ¡ El conde ha muerto
„ en un cadalso ! “ Mi madre
volvió en sí algunos momentos,
y estrechándome en sus brazos...

„ Con tus padres en el cielo
„ no te unas , esclamaba,
„ sin vengarlos. “ En su pecho
se ahogó la voz... su cadaver
las làgrimas que vertieron
mis tristes ojos regaron.

¡Aun me parece que oyendo
estoy su voz , su agonía!
¡aun el moribundo acento
de un padre , que del cadalso
venganza pide á mi acero!

¿Quienes son sus asesinos?
¿sus verdugos quienes fueron?

¡El duque de Alba y Felipe!
¡Y aun viven! ¡venganza , Cielos!

¡Las doce! (*mirando el reloj.*)
¡Faltan dos horas!

¡Oh! ¡que tardo corre el tiempo!

Montigni. Si apeteceis la venganza;
si desatar hoy los hierros
quereis del Principe , y muerte
dar al Rey , calmad os ruego

esa fiebre , ese furor .
Requieren nuestros proyectos
prudencia y calma.

Gonzalez. Que escucho!

La irresolucion , el miedo,
Montigní , con esos nombres
los cobardes encubrieron.
Dotes son de la vejez
que el sepulcro está ya viendo:
edad en que las pasiones
de la muerte apaga el hielo:
edad en que al desengaño
las ilusiones huyeron
de la vida... ¿que mirais?
con disgusto estais oyendo
mis palabras?

Montigni. No , que escucho

vuestros delirios atento.
Desprecia el anciano al joven:
desprecia el joven al viejo.
De cada edad , Eduardo,
las virtudes admiremos.
El joven de lo pasado
no comprendió los sucesos:
lo pasado nos enseña
la vida con escarnientos.
El porvenir al anciano
es un delirio , es un sueño;
y da al hombre el porvenir
valor , esperanza , aliento.
Cumple su destino el joven:
tambien el suyo cumpliendo
vive el anciano.

Gonzalez. (con impaciencia.) Es preciso
recorrer todos los puestos,
preparar la gente... adios.

Montigni. Contened ese ardimiento:
temed de todos... á nadie
reveleis nuestro secreto.
Cada cual sus instrucciones
reciba... pero el intento,
sus autores, sitio y hora
ocultad.

Gonzalez. Vuestros preceptos
seguiré.

(*vasc.*)

ESCENA SEGUNDA.

MONTIGNI, y despues MARNIX.

Montigni. La hora se acerca.
¡Que agitados los momentos
pasamos, en que fatiga
nuestra mente algun proyecto
grande, terrible! Quien es?
Marnix?

Marnix. Gran parte del pueblo
está ya arinado, y espera
la hora del trance.

Montigni. ¿El secreto
alguno sabe?

Marnix. Lo ignoran.
Solo saben nuestro intento
los conjurados, los gefes.

Montigni. Dios quiera que asi evitemos
los desastres, los peligros
que aun, Marnix, estoy temiendo.

Marnix. Ah! no temais : nuestra causa
nunca ha protegido el Cielo,
como en este dia.

Montigni. Asi

hablábaís no ha mucho tiempo,
cuando en palacio corrimos
á la muerte con secreto
premeditada.

Marnix. ¡Es verdad!
¡de entonces, Montigní, tiemblo,
cuando vos temblais!

Montigní Tan solo
nuestra imprudencia temblemos
este día : casi siempre
del destino somos dueños.
Casi siempre su desgracia
causa el hombre, y culpa al Cielo.
No os detengais ; entregad
à todos sin perder tiempo
esta orden : á las dos
en este sitio, en silencio
se unirán los conjurados.

Marnix. Cumpliré vuestros preceptos. (*vase.*)

ESCENA TERCERA.

MONTIGNI, y luego GONZALEZ.

Montigni. ¡Horas, pasad, pasad! la luz del día
vencedores nos mire, y libertado
al Principe

(*al ver á Gonzalez que entra precipitado.*)

¿Qué es esto? alguna nueva
desgraciada?

Gonzalez No amigo ; que auxiliando
está Dios nuestra causa. Ya en Bruselas
el pendon de la guerra tremolaron
nuestres amigos. Ya el de Orange triunfante
entró en la isla de Vorn, dó derrotados

los españoles fueron. La noticia acaba de llegar.

Montigni. ¡Oh Cielos! tanto gozo me reservábais! todavía algunos días de placer colmados dareis á mi vejez!

Gonzalez. En este instante en horrible ansiedad y sobresalto tiemblan Felipe y sus ministros. La hora es esta, Montigní. ¿Qué mas presajios quereis de nuestro triunfo? No os alienta el de Orange?

Montigni. ¿Y con él qué hemos ganado aquí en España? Conseguir victorias en las costas de Flandes, es acaso ganarlas en Madrid donde vendidos por un traidor podemos, y engañados ser de un momento á otro?

Gonzalez. ¿No os animan esos trescientos hombres que acabamos de armar?

Montigni. ¿Y que son trescientos hombres mas ó menos?

Gonzalez. Trescientos partidarios en nuestro auxilio, al escuchar la hora correrán.

Montigni. Decís bien; pero... Eduardo, trescientas lenguas mas desde hoy pudieran publicar el secreto, y entregarnos al Rey, á los verdugos.

Gonzalez. ¿Que desgracias anunciáis, Montigní? ¿Quereis acaso entibiar mi valor?

Montigni. ¡Ah! no! tan solo esa ciega confianza que causarnos puede un desastre. Los peligros quiero

que no olvideis.

Gonzalez. (enfurecido.) Peligros! despreciarlos es fuerza. ¿Para qué quereis que siempre esté á su vista con terror temblando? Para vengar de un padre la memoria; para entregar el cetro soberano al Principe; y librar de las cadenas á nuestra patria, ¿necesito acaso mas que confiar? En todas las empresas solo la confianza el triunfo ha dado. La confianza. ¿Oís?

Montigni. (con calma,) Estoy oyendo: pero escuchadme á mí tambien... sentaos. *(se sientan.)* Dos ilustres flamencos en Bruselas vivian hace tiempo... hará diez años que yo los conocí.

Gonzalez. (sorprendido.) Diez años!

Montigni. Vieron los santos fueros de su patria hollados, y en restaurarlos, sin alzar al viento el pendon de la guerra confiaron. Que sublevasen el pais queria, prediciendo desastres un anciano; mas ellos no escucharon sus palabras, del Rey en la justicia confiando.

Gonzalez. (conmovido.) ¿Quiénes decís?

Montigni. Mas tarde el duque de Alba los sumió en dura carcel encerrados. El anciano la fuga les propuso, y ellos la resistieron! ¡Confiaron!

Gonzalez, (mas conmovido.)

No prosigais! no prosigais!

Montigni. Mas tarde su sentencia de muerte un sanguinario tribunal pronunció. Tambien entonces les dió en valde consejos el anciano.

Aconsejó á los reos que á su vida
fin diesen ellos mismos , y el cadalso
afrentoso evitasen. ¡No le oyeron!
y tambien ¡miserables! confiaron
en la clemencia de Felipe!

Gonzalez. (*levantándose.*) . Cielos!
por Dios callad!

Montigni. Aun no acabé , Eduardo.

Pocos dias despues alzarse vimos
en medio de la plaza dos cadalsos,
y en ellos con horror miró Bruselas
dos ilustres flamencos degollados.

Gonzalez. Qué horror! qué horror!

Montigni. ¿La confianza basta?

Ah! nunca! nunca hubieran confiado!

¿Quienes fueron las víctimas supiste?

Gonzalez. ¡Mi padre! ¡oh Dios!

Montigni. ¡Y mi infeliz hermano!

¡Si hubieran antes mi consejo oído!...

¿Conoceis , Eduardo , á aquel anciano?

Gonzalez. Sí , dulce amigo ; los consejos vuestros
respetaré de hoy mas : dadme los brazos.

(*se abrazan.*)

El tiempo pasa... Adios : nuestros amigos
de Flandes tardan ya. Vuelo á buscarlos. (*sale.*)

ESCENA CUARTA.

MONTIGNI , *solo.*

Montigni. Logré calmarlo. ¡Asi es
la juventud! sus proyectos
con valor concibe ; arrostra
la muerte , el peligro... y luego
por sus locas ilnsiones

los da frustrados al viento.

Mas... ¡ay de mí! quién pudiera
desde la vejez al tiempo
volver de esa edad dichosa!

¡Quién pudiera los recuerdos
horribles de lo pasado

trocar, por los dulces sueños
del porvenir! Juventud!

juventud! ¿á dónde huyeron
para mí tus ilusiones?

¿tus delirios dónde fueron?

Es la imagen el anciano

del mundo que fué, y que vemos

que no vuelve, y de la vida

deja solo los deseos.

La juventud es el mundo

que ha de ser, ¡y es el mas bello

siempre el que ha de ser! oh! (*cae en un sillón.*)

Vamos:

¡la una! (*mira el reloj.*) ¡Mi último esfuerzo
proteje, oh Dios! (*sale.*)

ESCENA QUINTA.

GONZALEZ, MARNIX, BREDERODE y LORRAINE.

Gonzalez.

Sí: nosotros

las tropas dirijiremos.

Yo tomo la inquisicion,

vosotros las guardias.

(*entra un criado y entrega una carta á Gonzalez.*)

(*ap.*)

¡Cielos!

sello Real! (*alto.*) Quién te la ha dado?

Criado. Una muger.

Gonzalez,

Que entre luego.

Dejadme solo.

*(salen todos menos Gonzalez por donde salió
antes Montigni.)*

La Reina!

ESCENA SESTA.

GONZALEZ é ISABEL.

Isabel. No pude esperar mas tiempo,
Gonzalez. ¿No me ofreciste
que en la carcel dó está preso
veria al Principe?

Gonzalez. Sí:
dentro de pocos momentos
iba á buscaros. Las dos
aun no son , Señora.

Isabel. Es cierto.
Que te olvidases temblaba:
que todos me engañen temo,
Felipe en la inquisicion
está ahora: yo en silencio
he salido del palacio.
Para esta noche resuelto
está su suplicio.

Gonzalez. ¡El Rey
en la inquisicion! ¡Oh Cielos,
gracias os doy!

Isabel. Tal vez quiere
ver dar el último aliento
á Carlos ¡qué horror!

Gonzalez. ¿Quién sabe
cual debe morir primero?

Isabel. Vamos , Gonzalez , al punto:
tarde tal vez llegaremos.

Tal vez antes... ¡oh! me oprimen
horribles presentimientos!

Esta noche de congoja
postrada , rendime al sueño.
¡Un cadalso vi , Gonzalez!

Gonzalez. Yo tambien! y vi el sangriento
cuchillo alzarse , caer,
y un triste gemido al viento
dar la víctima!

Isabel. ¡Infeliz!
¡qué horror! dicen que los sueños
la verdad presajian .

Gonzalez. ¡Ah!
¡si fuera , Señora , un sueño!

Isabel. Qué dices? qué oigo? Dios mio!
habla!... lo sabes? ha muerto?
va á morir? piedad! las fuerzas
me faltan! ¡oh Dios! yo muero!

(se sostiene apoyada en un sillón.)

Gonzalez. Qué teneis? ah! por su vida
no temais. El que en mis sueños
vi morir , mas que un amante
era ; un padre que del Cielo
proteje á Carlos.

Isabel. ¡Oh! vive!
¡no muere!

Gonzalez. ¡Qué horror!

Isabel. El tiempo

vuela : protegéd su fuga.
Ya no dudo : ya no temo.
Si ayer cobarde temblaba,
valor varonil y aliento
dan al alma los peligros.
¿Para salvarle qué puedo
hacer? arrostrar la muerte?
Su vida espuso él primero

por mi amor: si no se salva
juntos los dos moriremos.

Gonzalez. Callad! callad!

Isabel. „Isabel

(me dijo con triste acento

ayer Carlos) Isabel,

„de Egmont el cadalso espero.

„¡Si pudiera mi suplicio

„dar à aquel héroe el aliento!

„Sí diera la libertad

„mi muerte á Flandes al menos!“

Y añadía : „Si mi vida

„alguna vez corre riesgo,

„busca á Gonzalez mi amigo;

„di que al cadalso sangriento

„por su patria voy... tal vez

„vuele en mi auxilio su acero.

„Si peligrase su vida

„¿vacilaria un momento

„yo en salvarle?“ Asi me hablaba;

asi , Gonzalez...

Gonzalez. ... ¡Oh Cielos!

Isabel. ¡Ah! si muere , ¡desgraciados

de vosotros los flamencos!

¿Quién será vuestro opresor

cuando Felipe?... si al menos

viviera Carlos , reinára

un dia , y...

Gonzalez. Pocos momentos

de prision le quedan. ¡Oh!

¡apresura , oh Dios , el tiempo!

¡apresura!

Isabel. ¡Le amo tanto!

Vosotros cuando en el pecho

sentís el amor , tambien

la sed de gloria , el tormento

de la ambicion , los pesares
del mando... sentís á un tiempo
todas las pasiones. Si ama
la muger , su pensamiento,
su vida , sus ilusiones
sus delirios , sus tormentos,
¡todo es amor! Le ámo tanto!
Desde que su muerte temo,
ni la mia , ni el honor,
ni las iras , ni los celos
de Felipe me detienen.
Solo al oir el acento
del Rey cobarde temblaba
antes, Ahora si tiemblo,
es de furor.

Gonzalez. Va á dar la hora,
y acompañaros intento.

A las dos la inquisicion
será nuestra , y podreis verlo.

La guardia manda Bastida,
y á auxiliarme está resuelto.

Le he sobornado : á las dos...

Isabel. Será verdad? es un sueño?

¡Gozo y pesar de la vida,
cuan cercanos estais! ¡Cierto
es lo que dices? Bastida?...

Gonzalez. Venderá al Rey.

Isabel,

Vamos luego, (*vanse.*)

ESCENA SEPTIMA.

(Se oye llamar á una puerta algo lejos.)

MONTIGNI , MARNIX , BREDERODE , LORRAINE,
(que salen al ruido.)

Marnix. Ellos son, los conjurados.

Montigni. *(acercándose á una puerta de la derecha del espectador.)*

Esta es... esta es la entrada.

(llamando.) Garcés! Ordoño! *(salen.)*

Sabeis

mis órdenes.

(Los criados desenvainan grandes puñales y entran por la puerta. Marnix, Brederode, Lorraine desnudan sus espadas y guardan la puerta del escenario. Montigni queda algo separado observando los Conjurados que entran, y recibiendo las contraseñas de mano de Marnix.)

Montigni. Nadie falta.

ESCENA OCTAVA.

Dichos, y Conjurados.

(Todos rodean á Montigni.)

Montigni. Esta noche, señores, la sentencia va á cumplirse que al Principe de España á horrible muerte sin piedad condena.

A Flandes su suplicio la esperanza
de ver reinar á un Rey humano niega,
Sus dias proteger, ceñir sus sienes

con la corona de Felipe es fuerza.
Así lo habeis jurado.

Un Conjurado. Lo juramos
otra vez.

Varios. Y mil veces.

Montigni. Solo quedan
pocos instantes : á las dos daremos
principio digno á tan gloriosa empresa.
El gefe que dirige nuestras armas
no tardará en llegar.

Marnix. ¡La hora se acerca!
¡Venganza!

Otros. ¡Libertad!

Otros. ¡Venganza!

Otros. ¡Muerte!

ESCENA NOVENA.

Dichos , y GONZALEZ.

Gonzalez. La del tirano , amigos , ya resuelta
está. Cercadme todos : ¡á mis brazos
llegaos , Montigni!... Dios nuestra empresa
protege. Está ya todo preparado.
La tropa sobornada , el pueblo espera
con inquietud el trance : van á abrirse
de la prision del Principe las puertas.
La inquisicion me entregará Bastida:
allí es preciso que Felipe muera
al punto á nuestras manos... á las mias,
¡ No me le disputeis! En las tinieblas
de aquesta noche, al son de la campana
que tocará rebato , nuestras fuerzas
tomarán el palacio , los cuarteles,
sembrando luto y sangre... ¡Quién pudiera

morir en ese instante!

Marnix. Saludemos
al que hoy nuestra gloriosa independencia
defiende, y libertad. (*señalando á Gonzalez.*)

Montigni. Sì : saludemos
al gran conde de Egmont. ¡La Providencia
nos le vuelve en su hijo!

Conjurados. ¡Este! (*señalándole.*)

Otros. ¡Gonzalez!

Uno. Ya á nuestras armas la victoria es cierta.

Gonzalez. Las dos! ya suenan! sí! (*dan las dos.*)

Marnix. ¡Dichoso día!

Gonzalez. ¡Padre! (*mirando al cielo.*)

¡vengado estás!

Todos. ¡Vengado sea!

(*Los Conjurados se retiran en tropel , y cae el telon.*)



THE
HISTORY OF THE
CITY OF
NEW-YORK
FROM
THE
FIRST
SETTLEMENT
TO
THE
PRESENT
TIME
BY
JOHN
BUTLER
OF
THE
BAR
IN
NEW-YORK
1784



ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE y BASTIDA.

(Se supone que antes de alzarse el telon ha hablado Bastida.)

Felipe. Cesa ya , cesa ya , Bastida : cumple todas mis instrucciones , que ya espero con impaciencia el dia.

Bastida. Dios os guarde. *(vase.)*

Felipe. Aun mas horrores! aun mas sangre! Cielos! ¿qué es de mí? dónde estoy? Hijo , vasallos, todos traidores son! Y yo he de verlo! Sí , todos morirán ; pero... ¡mi hijo! Ah! las fuerzas me faltan... Dudo... tiemblo... ¡Mi hijo! al pronunciar tan dulce nombre por vez primera enternecer me siento. ¡Carlos! ¡vas á morir! yo tu cadalso he levantado! y esta noche! ¿es cierto? Gritos de la venganza , odios , rencores, ¡cesad , cesad de combatir mi pecho! O dejadme ser padre bondadoso, ó en tan horrible trance dadme aliento, ¿ Quien es?

ESCENA SEGUNDA.

FELIPE, RUY-GOMEZ.

Ruy. Yo soy, Señor. Ya preparado
está el suplicio.

Felipe. ¡Calla! tus consejos
ya pérfidos mal-digo. ¡Desgraciado!
si fueras padre...

Ruy. Nunca olvidaria
que una esposa, Señor... que un adulterio...

Felipe. Calla!... no hables, Ruy-Gomez.

Ruy. Si callase,
si olvidase mi afrenta, vil desprecio
desde hoy os inspirara. ¿Quién olvida,
si no es vil su deshonra?

Felipe. ¿Quereis, Cielos,
su sacrificio? y es verdad! mi afrenta!
sus crímenes! Ruy-Gomez... cumple presto
el castigo... no tardes... aprovecha
el furor de un instante... mis tormentos
acaba... acaba.

Ruy. Voy al punto. *(vase.)*

Felipe. Espera...
yo alenté ese furor cuando los celos
á su alma inspiré. ¿Qué hago, Dios mío?
¿es el amor de padre lo que siento?
¿es la irresolucion, la cobardia
que tantas veces frustra mis proyectos?
Grandes empresas con valor concibo,
y al consumarlas me acobardo y tiemblo.
Quiero estender á Europa mis conquistas,
y roba un dia á mi ambicion un reino.
¡O sombra de mi padre! inspira al hijo

ese valor que fué del mundo dueño!
Mas ¡ay' no tu valor... no, ¡tu fortuna
me falta solo!... Son las dos! No es tiempo
aun del suplicio: hasta las cuatro... ¿acaso
despechado Ruy-Gomez... ah! salvemos...
¿Qué traes? (á *Bastida* que entra.)

ESCENA TERCERA.

FELIPE y BASTIDA.

Bastida. Esta carta interceptada
al Principe.

Felipe. ¡A mi hijo! ¡oh Dios! ¿qué veo!
¿A quién va dirigida?

Bastida. Va sin nombre.

Felipe. (leyendo.), „Voy á morir, pero salvad os ruego
la vida de mi padre” ¡En su agonía
les pide por mi vida! ¡Y yo le llevo
á la muerte! „Salvad, *(leyendo.)* salvad al punto
„si estan amenazados vuestras fueros,
„mas respetad sus dias. Soy su hijo.
„Temblad de oir mi maldicion del cielo!”
¡Ah! Dios salvarle quiere! si... ¡hijo mio!
¡Ah! *Bastida*, responde... ¿qué está haciendo
Ruy-Gomez?

Bastida. El suplicio ahora prepara.

Felipe. Corre, *Bastida*, corre: di que el tiempo
aun no es llegado... que á las cuatro... corre...
dile que le suspenda... (*vase Bastida.*)

ESCENA CUARTA.

PELIPE, y un CARCELERO.

Felipe. Qué tormentos!
qué noche! qué sufrir!

Carcelero. El Rey!

Felipe responde... ¿dónde vas? *Quién eres?*

Carcelero. Soy carcelero,
Señor.

Felipe. Qué vas á hacer?

Carcelero. He recibido orden para llevar al punto un preso al suplicio.

Felipe. (ap.) ¡A mi hijo! ¡desgraciado!
(alto.) Y tienes hijos tú?

Carcelero. Tres... carceleros
son conmigo tambien.

Felipe. Dime ¿qué harías, si vieres ahora mismo á alguno de ellos caminando al patíbulo?

Carcelero. ¡Dios mio!
Yo! qué haria? Señor, decidme os ruego,
¿peligran hoy sus vidas? qué castigo
van á sufrir? ¿Qué horror! Señor ¿qué es esto?
(*se arroja á sus pies.*)

Felipe. ¿Tú le libertarías, si pudieras de la muerte?

Carcelero. Librarle! oh Dios! si puedo morir por él, aqui teneis mi vida.
Con placer por salvar la suya muero.
¿Qué es la vida de un padre sin sus hijos?
¡Afliccion! ¡soledad!

Felipe.

Calla! en tu acento

oigo el de Dios. No temas por sus dias.

Levanta, y á tus hijos lleva al seno:

levanta; di á Ruy-Gomez que le llamo,

y deja, deja en su prision al reo.

¡Gracias te doy, oh Dios! por vez primera
correr el llanto de mis ojos siento!

Carcelero. Dejad que bese vuestros pies. (*vase.*)

Felipe.

¡Dios mio!

qué me quereis? que viva? Estoy resuelto.

¡Yo soy solo el culpado! Ellos se amaban.

Yo mismo á mi hijo la ofrecí... Dispuesto

estaba ya su enlace... y yo olvidando

mi promesa, su amor, mis juramentos,

mi esposa la llamé. ¡Cuántos dolores

me dais por una falta! ¡Cuántos, Cielos!

ESCENA QUINTA.

FELIPE y RUY-GOMEZ.

Felipe. Yo perseguí sin descanso

la irreligion en mis reinos,

y en Europa, y mas allá.

Llevé al cadalso sangriento

mil víctimas... Contemplé

devorar tranquilo el fuego

à los herejes, y ahora

de terror, Ruy-Gomez; tiemblo.

Esta noche vi cercado

de sangre el trono en mi sueño:

vi víctimas que las llamas

devorantes consumieron...

Nada me aterroró. A mi hijo

en el cadalso vi muerto;

la sangre se heló en mis venas,
y la maldición del Cielo
escuchar creí... ¡No! ¡nunca!
¡no morirá!

Ruy. ¿El adulterio
solo la Princesa?...

Felipe. Nada
de ella te he dicho. *(sale.)*

Ruy. ¿Qué veo?
¡Ya no me oye el Rey! Al fin
siempre despreciados fueron
los favoritos. *(vase.)*

ESCENA SESTA.

ISABEL , y BASTIDA.

Bastida. Entrad;
de la inquisición son dueños
ya los conjurados.

Isabel. ¡Oh!
se salva, ¡si ya no ha muerto!

Bastida. Por esa puerta saldrá *(señalando.)*
el Príncipe... sola os dejo. *(vase.)*

Isabel. ¡Qué horror infunde este sitio!
Felipe dicen que ha vuelto
á palacio. ¡Ay Dios! si sabe
que en él no estoy! cómo tiemblo/
Por aquí dijo Bastida *(dirigiéndose á la puerta.)*
que Carlos... ah! sí... ya veo
abrirse la puerta... ¡Carlos!
(va á abrazarlo , y sale Felipe.)

ESCENA SEPTIMA.

ISABEL, y FELIPE.

Isabel. ¡Piedad de mí! Dios mío! (aterrada.)

Felipe. ¡Vos! qué es esto?

vos, Isabel, aquí? ni vuestra honra,
ni el crimen, ni el temor, ni el vituperio
del mundo ya os detienen!

Isabel. ¡Me engañaron!
dónde esconderme? dónde huir? yo muero!

Felipe. En este sitio! á publicar el crimen!
á descubrir mi afrenta! Cielos! Cielos!
mi furor contened!

Isabel. ¿Qué he de deciros
que ignoreis vos, Señor? Ya ha mucho tiempo
que vos sabeis... ¿Cómo explicarlo?

Felipe. Un crimen
que ni la muerte espia! un adulterio
que los hombres y Dios...

Isabel. ¡Un crimen! nunca!
yo le amé, yo le amaba: un juramento
hice de unirme á vos, nunca de amaros.
¿Pueden los hombres arrancar del pecho
de una muger su amor? No! la violencia
de un padre y de un esposo consiguieron
arrastrarme al altar; pero... del alma
¡insensatos los hombres que el imperio
á las pasiones disputaron! Le amo,
le amé, siempre he de amarle. Sufrimientos,
llanto, peligros, soledad, ausencia,
todo alienta mi amor. Yo pedí al Cielo
que le arrancase de mi alma, y nunca
oyó piadoso mi doliente ruego!

¿Qué haria yo infeliz? Temo su muerte,
y aqui á morir , ó libertarle vengo.
¿De qué crimen hablais? de mis virtudes,
de mi inocencia fué testigo el Cielo.
¿Qué horror! el crimen! nunca! Puede el hombre
mandar la voluntad , no el sentimiento.

Felipe. ¡Aun mas sufrir!

Isabel. Y si le amé , si le amo,
¿á quién debeis culpar? quién fué el primero
que á Carlos me ofreció? quien ha olvidado
promesa , amor , y juramentos luego?
¿Quien , decid , dos esposos condenaba
al crimen que os aterra , ó los tormentos
que virtud llama el mundo? Si le amo...

Felipe. Ya mas no le amaréis.

Isabel. ¿Que decís?

Felipe. Muerto
le lloraréis ahora.

Isabel. ¿Que horror! ¿cómo!
¿ya no vive? ¡infeliz! decidme ¿es cierto?
¿ya no vive?

Felipe. Sí... vive... pero pronto
expirar le veréis.

Isabel. ¡Vive! no temo
ya su muerte , Felipe : otra desgracia...
no temo su peligro , temo el vuestro.

Felipe. ¡Y yo insensato á un hijo perdonaba!
¡y oí los paternos sentimientos!
¡y á su voz tanto ultraje , tanto agravio
de un Rey , y de un esposo enmudecieron!

Isabel. ¿Será verdad? que escucho? perdonado!
¡Le perdonásteis! ¡ay de mí! ¿que he hecho?
vendrán los conjurados , y... ¡Dios mio!
¡Carlos se salva , y por mi esposo tiemblo!
¡y yo los alenté! ¡salvad su vida,
Dios mio! era su padre! sí , lo creo.

¡Le ha perdonado! ¿dónde estan? detente,
Gonzalez! ¿dónde estás? corro á su encuentro.

Felipe. Dónde vais? dónde vais? vuestra presencia
irritan mis furores, y mis celos,
y mi venganza, ¿Dónde vais?

Isabel. La muerte
quiero evitar...

Felipe. Ya no es posible.

Isabel. Temo,

Señor, por vuestra vida.

(queriendo salir por donde entró)

Felipe. ¡Por la mia!

Isabel. Cerraron esta puerta! pasa el tiempo!

Felipe. Por aqui! su cadalso!

*(la impele á la puerta del foro, que se abre, y
se ve un cadalso.)*

Isabel. ¡Oh!

(cae desmayada fuera de la puerta.)

Felipe. ¡Cuanto es dulce

la venganza! cuan dulce!...sí... ya creo

mas libre respirar. Otro castigo

hoy á su crimen imponer no puedo.

Bien pronto la venganza descubriera

lo que ocultó el agravio. No sangriento

castigo; llanto y padecer te esperan...

(entra Ruy-Gomez.)

ESCENA OCTAVA.

FELIPE, y RUY-GOMEZ.

Felipe. La Reina vino en secreto
á la inquisicion... Sabía
que estaba mi vida en riesgo.
Corrió á mis brazos... Terror
le inspiró este sitio... y viendo

ese cadalso, ha caído
desmayada. Corre luego;
que la socorran, y al punto
la lleven sin perder tiempo
al palacio.

Ruy. *Aquí! La Reina!*

(vase y cierra la puerta.)

Felipe. (se oye estruendo como de derribar puertas.)

¿Qué ruido es este? qué estruendo
suena horrisono? qué escucho? *(sale.)*

ESCENA NOVENA.

GONZALEZ, MONTIGNI, MARNIX, BREDERODE,
LORRAINE, CONJURADOS, ALABARDEROS y BASTIDA.

Gonzalez. Ya del Rey y de Carlos somos dueños.

Marnix. Ya está su vida libre.

Gonzalez. Ya su muerte
asegurada está.

Montigni. ¡Gracias, ó Cielo,
te damos!

Gonzalez. ¿Dónde está Felipe? dónde?

Ya de aquí no saldrá... pero salvemos
al Príncipe. Vosotros sus prisiones
volad á abrir.

(salen varios Conjurados y Alabarderos.)

Felipe! oh Dios! que veo!

ESCENA DECIMA.

Dichos y FELIPE, despues CARLOS y RUY-GOMEZ.

Gonzalez. Viene á buscar la muerte! El es! Felipe!

mi sangre y mi furor lo estan diciendo!

Montigni. Perdidos somos!

Gonzalez. Que decís?

Montigni. Miradle!
tranquilo está!

Gonzalez. ¿Que importa, si su pecho
este puñal va á abrir? Felipe!

(*va á arrojarle á él.*)

Varios Conjurados. ¡Muera!

(*van tambien á arrojarle al Rey, y se detienen
al ver al Principe que entra seguido de los Con-
jurados y Alabarderos que salieron á libertarle.
Ruy-Gomez aparece por la puerta del foro que
se abre. No se vé ya el cadalso.*)

Carlos. Asesinos! que haceis! temblad! tenéos!
(*se coloca entre Gonzalez y el Rey.*)

¿Que intentas? (*á Gonzalez.*)

Felipe. ¡Miserable!

Gonzalez. (*queriendo arrojarle al Rey.*)

Mi venganza.

Carlos. (*deteniéndole.*)

¿Dó mis armas estan? dónde mi acero?

(*al Rey.*) ¡Y vos me desarmásteis!

Felipe. (*enternecido.*) ¡Hijo mio!

Gonzalez. (*luchando con Carlos,*)

Ya no podeis salvarle! Ya los ecos
oigo de la campaña...

Felipe. Si : ya suenan.

¡Conde de Egmont! escucha! (*la campana dobla*)

(*á Bastida.*)

¡Mis preceptos

cumple, Bastida!

Bastida. ¡Guardias!

(*Bastida con los Alabarderos rodea á las Con-
jurados y á Gonzalez.*)

Todos. ¡Oh!

Gonzalez. ¡Que miro!

¡Bastida! vil traidor!

Montigni.

¡Ceded!

Gonzalez.

¡Primero

morir! *(se hiere con el puñal).*

Montigni. ¡Que haceis!

Carlos.

¡Oh Dios!

Montigni.

¡Que horror!

Carlos.

¡Se ha herido!

(Gonzalez cae moribundo en brazos de Montigni, y quedan abrazados: Carlos tambien le sostiene.)

Gonzalez. *(moribundo.)*

¡No mas! no mas vivir! la muerte anhelo!
ya no puedo vengarme!

Montigni.

¡Desgraciado!

Felipe. *(mirándolos con frialdad.)*

¡Cuando el conde de Horn, y Egmont murieron
como ahora vosotros se abrazaban.

Gonzalez. ¡Oh! *(esta exclamacion muy profunda.)*

Montigni.

¡Ya espira!

Carlos.

¡Infeliz!

Montigni.

¡Oh Dios!

Gonzalez.

¡Ah!...

(espira.)

Carlos.

¡Muerto!

Montigni. Dios no quiere venganzas en la tierra.

A los tiranos da castigo el Cielo.



ERRATAS.

<u>PAGINA.</u>	<u>VERSO.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LEASE.</u>
22.	19.	amor	rencor
25.	5.	irá	oirá
id.	22.	gasta	hasta
26.	11.	huellae	huellas
31.	5.	Tlranicen	Tiranicen
37.	7.	de Rey	del Rey
41.	28.	al Conde	del Conde
43.	21.	seis	las seis
51.	19.	guardas	guardias

